

Forum.com

Papeles de formación continua



La alegría del evangelio en la Vida Consagrada

Índice

Editorial 3

Retiro 7

Formación 15

Comunicación 35

Pastoral Juvenil 41

La Solana 49

El Anaquel 53

Bicentenario Don Bosco 63

Revista fundada en 2000

Segunda época

Dirige: José Luis Guzón

Ctra. Ledesma, 32-35

37.006 – Salamanca

Tfno.: 923 225 983

jlguzon@salesianos-leon.com

Colabora: Segundo Cousido

Dep. Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681



Vida religiosa y espiritualidad

El día 2 de febrero celebraremos las XVIII Jornada de la Vida Consagrada bajo el lema La alegría del evangelio en la vida consagrada. Y son dieciocho años ya. Parece que fue ayer cuando el papa Juan Pablo II instauró este día dedicado en la Iglesia a la oración y a la reflexión sobre una realidad carismática tan importante como es la vida consagrada.

Reconozco que, aunque no soy experto, nunca he dejado de leer cosas y estar al día sobre la reflexión que se iba haciendo en cada momento.

Hace dos años José Antonio García, SJ en un cuaderno de «Vida Nueva» (septiembre 2012) nos ofrecía en síntesis los cuatro paradigmas de vida religiosa más significativos en el postconcilio: de la observancia a la autorrealización, paradigma profético, paradigma comunitario, paradigma de la vocación-convocación-misión. A mí esas páginas me hicieron reflexionar mucho, al hilo de lo que uno vive, lo que uno sueña y su historia como religioso. Aquellas páginas, además, iban aderezadas de otros elementos significativos. Se nos hablaba de cuatro libros que han ido jalonando la reflexión sobre la misma: *Pasión de Dios* (J. B. Metz, 1991), *Por el Dios del mundo* (A. Torres Queiruga, 2000), *El fuego en estas cenizas. Espiritualidad de la vida religiosa hoy* (Joan Chittister, 1998) y *El oso y la monja* (T. Radcliffe, 1999)¹. Se nos hablaba de cómo la vida consagrada y la vida religiosa, más específicamente, van de la mano con otros movimientos culturales, religiosos y eclesiales, y casi nunca la vida religiosa se ha mantenido al margen del desarrollo de la sociedad a la que está llamada. Por otro lado, insistía Toño García, que el nuevo paradigma de la vocación-convocación-misión, debía tener al menos estos ingredientes: el religioso/a de este cuarto paradigma necesita ciertas “observancias”, sigue

¹ A estos cuatro libros, cada uno puede añadir otros muchos que han podido ser significativos para él. A mí se me ocurre que nosotros salesianos podemos añadir *Testigos del Dios vivo. Naturaleza y futuro de la Vida Consagrada. Una visión salesiana* (Pascual Chávez Villanueva, 2012). Esta obra constituye una síntesis y una recopilación de la reflexión que el Rector Mayor ha ido desgranando a lo largo de sus dos mandatos al frente de la Congregación Salesiana.

siendo importante que se sientan a gusto en su vida; en tercer lugar, lo que él llama el “élan profético”, el espíritu profético de Jesús de amor preferencial por los pobres, los enfermos y los pecadores. Finalmente, señalaba unas pistas que también pueden ser sugerentes leídas desde el presente: provocar procesos de conversión, visiones compartidas: santos y místicos, y estar presentes en los nuevos escenarios.

Este tiempo de crisis epocal y de valores puede ser un *kairós*, un momento oportuno, para la vida de la Iglesia, y para los diversos carismas que configuran la vida consagrada en la misma. El papa recientemente ha hablado a la Unión de Superiores Mayores. Sus subrayados iban en una dirección parecida.

En el marco de la Unión de Superiores Generales (LXXXII) asamblea celebrada en el Salesianum de Roma, del 27 al 29 de noviembre, el papa decidió encontrar a los superiores durante tres horas y no solamente en una breve audiencia como habían solicitado y sin guión previo, sino a través de un largo coloquio fraternal con preguntas y respuestas.

La primera tanda de preguntas estuvo dedicada a la identidad y la misión de la vida consagrada. Todos los cristianos deben ser coherentes con su fe, ha dicho el Papa, pero los religiosos están llamados a seguir al Señor de una manera especial: "Son hombres y mujeres que pueden despertar al mundo. La vida consagrada es profecía. Dios nos pide que dejemos el nido que nos arroja y que salgamos a los confines del mundo evitando la tentación de someterlos. Esta es la forma más eficaz de imitar al Señor".

Preguntado por la situación de las vocaciones, el Papa señalaba que hay Iglesias jóvenes que están dando nuevos frutos.

Francisco ha insistido en la formación que, en su opinión, se basa en cuatro pilares fundamentales: espiritual, intelectual, comunitario y apostólico. Es imprescindible evitar cualquier forma de hipocresía y de clericalismo a través de un diálogo franco y abierto sobre todos los aspectos de la vida, "la formación es una tarea artesanal, no una labor de policía", ha subrayado, y su objetivo es "formar religiosos que tengan un corazón tierno y no ácido como el vinagre. Todos somos pecadores, pero no corruptos. Hay que aceptar a los pecadores, no a los corruptos".


Para el Papa la fraternidad tiene una enorme fuerza de atracción. Presupone la aceptación de las diferencias y los conflictos. A veces es difícil de vivir, pero si no se vive no se es fecundo. En cualquier caso, "nunca debemos actuar como gestores ante el conflicto de un hermano hay que acariciar ese conflicto".

Ante las cuestiones sobre las relaciones entre los religiosos y las Iglesias particulares en las que están insertados, ha afirmado que sabía por experiencia los problemas que se plantean. "Nosotros, los obispos, tenemos que entender que

las personas consagradas no representan sólo una ayuda material, sino que son dones que enriquecen las diócesis".

Antes de finalizar el encuentro y saludar a los 120 Superiores Generales presentes, el santo Padre anunciaba que el 2015 será un año dedicado a la vida consagrada. Y, al salir del aula, ha dicho: "Gracias, por lo que hacéis y por vuestro espíritu de fe y de servicio. Gracias por vuestro testimonio y también por las humillaciones por las que tenéis que pasar".

Nosotros vivimos esto desde un carisma juvenil y popular que es el carisma salesiano. Se hace necesario intensificar nuestra mirada hacia Don Bosco, especialmente en las vísperas del segundo centenario de su nacimiento, para ver cómo él vio a los jóvenes, para vivir el espíritu que él recibió de lo alto y para poder transmitir a los jóvenes ese "aire del Espíritu" que nos es propio.

A handwritten signature in black ink, reading "Fr. Luis Guzmán". The signature is written in a cursive, flowing style.



Retiro

Don Bosco: Acompañante de vida espiritual

Jesús Lozano, sdb

Posiblemente muchos de nosotros, actualmente salesianos, si echamos la mirada atrás nos venga a la memoria algún salesiano, sacerdote o familiar que pudo iluminar en ese momento nuestra vocación y nuestra opción por Don Bosco. Juanito Bosco, siendo adolescente, tiene ese encuentro con don Calosso, encuentro que permanecerá muy lúcido en su vida de y que determinaría toda su misión como apóstol de los jóvenes.

1. Don Bosco: acompañado y acompañante

El diálogo que comienza don Calosso nos recuerda ahora el mismo estilo de Don Bosco de cariño pedagógico y pastoral, tan necesario en los tiempos que estamos viviendo: Juan está deseoso de paternidad pero de una figura paterna que tenga un gran carácter espiritual para que le ayude a descubrir y acompañe el nacimiento del hombre interior y que se convierta en guía, consejo, estímulo, ánimo y, llamando la atención y corrigiendo; que le ayude a discernir, a no dispararse. Este es el papel que don Calosso hará con Juan huérfano y que al final del diálogo, el viejo sacerdote le decía: “Estate tranquilo; yo me ocuparé de ti y de tus estudios. Al domingo siguiente fui con mi madre y se quedó en que él mismo, Don Calosso,

me daría clase una vez al día”. De esta forma Juan encuentra a un padre al que se entrega confiado:

“Cada palabra, cada pensamiento, cada acción se lo manifestaba enseguida. Podía dirigirme con conocimiento en lo espiritual. Me prohibió enseguida una penitencia no adecuada para mi edad y condición. Me animó a confesarme y comulgar con frecuencia, y me enseñó el modo de hacer todos los días una breve meditación o lectura espiritual. Desde aquella época comencé a gustar qué es vida espiritual”.

Don Bosco será a su vez el guía de la vida interior, el padre afectuoso y lleno de cuidados para cada uno de sus muchachos y de esta conversación con don Calosso brota la importancia del sacramento de la penitencia en la vida interior del joven y así lo pone de manifiesto cuando Don Bosco conoce a Domingo Savio que manifiesta un alma toda ella según el espíritu del Señor y Domingo le anima *“para hacer un bonito vestido que regalar al Señor. Así que yo soy la tela; sea usted el sastre; por tanto acépteme entre los suyos y hará un bonito vestido para el Señor”*. La empatía que manifiesta aquí Domingo Savio es muy grande; empatía que será correspondida por Don Bosco desde el principio. Si reflexionamos un poco sobre nuestros jóvenes, se nos abre un campo de acción y de apostolado grande. Y en este momento digo muy conscientemente “apostolado” para no quedarnos solamente en la promoción que la pueden realizar otros agentes sociales.

Esa fue también la actitud de Francisco Besucco cuando llegó al Oratorio queriendo hacer una confesión general: *“Como yo quiero poner mi alma en sus manos, deseo manifestarle toda mi vida, para que me conozca mejor y pueda darme con más seguridad los consejos que mejor puedan ayudar a salvar mi alma”*.

Hagamos ahora nuestra reflexión, como seguidores de Don Bosco que somos cada uno de nosotros, sobre esta realidad del acompañamiento. Lo debemos considerar como la relación entre el que acompaña, el acompañado y Dios. ¿Cuál es el concepto de persona que nos sirve de base para entender mejor el acompañamiento y el crecimiento vocacional cristiano en general o a una vida consagrada o sacerdotal?. Cristo es para nosotros la piedra angular, el valor objetivo. No podemos entender como fin de la vida del hombre la búsqueda de satisfacción de sus instintos, ni que su madurez se consiga cuando el individuo realiza sus propias potencialidades. Estamos viviendo, cada día, signos constantes de inmadurez en jóvenes, adultos o personas consagradas.

La persona no es imperfecta ni perfecta, sino perfectible. La persona es libre pero también frágil; está abierta al absoluto pero continuamente tentada por lo relativo. El ser humano es un ser trascendente, vive para realizar valores. La persona madura es la que logra salir de sí y realizarse en los valores escogidos y vividos *“porque si uno quiere salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por la buena noticia, la salvará”* (Mc. 8,35).

El ideal de la persona está fuera de sí misma; es real, objetivo, capaz de atraerle siempre: es Cristo; y en la medida que la persona camina a su encuentro, la persona crece. Junto a esta posibilidad el individuo también está atraído por lo más relativo e inmediato; es frágil y limitado. La persona dividida, en conflicto dentro de sí misma, no puede trascenderse porque gasta su energía en mantener lo que amenaza ruptura. Solo la persona que se posee puede entregarse y ser más libre

para seguir los valores que proclama. La persona se realiza cuando acepta objetivamente a Cristo como el valor principal de su existencia.

El acompañamiento es el instrumento principal de formación en el crecimiento cristiano y vocacional. Ayuda a conocerse y a superar temores y defensas para seguir más fielmente a Jesús. Para el que acompaña es una experiencia que permite acercarse a la historia que Dios va realizando en el otro. En el camino de crecimiento de la persona se va a operar un cruce entre las dinámicas psicológicas y las espirituales. Dios toma la iniciativa de dirigirse a nosotros a través de su hijo y de esta iniciativa nace un diálogo: un camino que parte de la Palabra que el Padre nos dirige y que termina en el Padre mismo porque Dios se dirige a todo el hombre y hace posible hablar de integración entre psicología y dinámicas espirituales. Un principio antropológico que tendremos en cuenta es el de la *ley de la totalidad*. La totalidad, como dimensión antropológica, se ha de entender en dos sentidos: la maduración cristiana y vocacional y de acompañamiento, como instrumento formativo, debe mirar toda la persona: intenciones, motivaciones profundas, gestos exteriores, potencias y capacidades operativas (afectividad, inteligencia, memoria, voluntad, imaginación, sentidos, deseos, cuerpo, consciente e inconsciente) y cuando hacemos referencia a toda la vida de la persona. Quizás sea el momento más adecuado de recordar esa pedagogía salesiana de razón, religión y amor. La formación no acaba nunca; va desde la fase inicial de un proyecto de entrega a un modo teológico de interpretar la misma vida, desde la dimensión espiritual a la psicológica y desde la comunitaria a la apostólica.

2. Un Don Bosco con corazón paterno

La experiencia con don Calosso va a llevar a don Bosco a realizar un gran esfuerzo por conquistar el corazón, la confianza y la confianza del muchacho a través de gestos muy concretos como es el tipo de relación sencilla e inmediata que tiene con ellos. Su madura afectividad, su interés verdadero y concreto por ellos, sus respuestas apropiadas a sus problemas hace que los jóvenes le acepten de forma incondicional: para Domingo Savio y Miguel Magone será la oportunidad de estudiar; para otros es la necesidad de amistad, paternidad, de una casa, una mesa, un trabajo, un patio, una familia acogedora... Don Bosco se expresa con disponibilidad concreta, concreta para dar una respuesta oportuna. Don Pablo Albera evoca este afecto hacia él cuando era muchacho: *“nos envolvía a todos en una atmósfera de alegría y de felicidad, desterrando penas, tristezas, melancolías. De cada palabra y acto suyos emanaba la santidad de la unión con Dios, que es caridad perfecta. Éramos suyos porque en cada uno de nosotros, sus jóvenes, se daba la certeza de que él era de verdad el hombre de Dios. De esta singular atracción brotaba la obra conquistadora de nuestros corazones”*. Y todos conocemos y podemos recordar cómo Don Bosco se dirigía a todos los confesores, invitándolos a acoger con cariño, a ayudar la exposición de los asuntos de conciencia, a usar todos los medios, a corregir con bondad siempre.

Su objetivo fue crear las condiciones necesarias en el adolescente para un crecimiento espiritual: liberar, purificar, proyectar metas estimulantes, señalar siempre objetivos fáciles pero progresivamente más sólidos, ayudar y profundizar en la relación con Dios alcanzando aquellos valores que nos puedan acercar más al Señor Jesús.

En este punto podemos decir que los valores no impulsan a la persona sino que la atraen a actuar, son ideales duraderos y abstractos que se refieren a la conducta actual o al objeto final de la existencia. No es lo mismo decir a un joven que es “*responsable*” o que su responsabilidad es “*valiosa para mí*”. El valor es más exterior, objetivo y permanece inmutable a pesar de mis alteraciones de ánimo.

Podemos ver tres diferencias entre los valores y las normas: el valor se refiere a una modalidad de ser, la norma a un modo de comportamiento; el valor trasciende situaciones específicas, la norma se dirige a actuar o no actuar; el valor es personal e interior y la norma es consenso general y exterior. Y esta realidad la supo entender Don Bosco muy bien con sus jóvenes entendiendo estos valores que ofrecía a sus muchachos como una identidad al muchacho y el valor mismo es la misma identidad; es la de atraer a todo el joven como quería Don Bosco y que vemos en Domingo Savio donde el valor para él es expresión de la verdad interior y exterior para comprender qué es lo que está sucediendo: “*antes morir que pecar*”.

3. Gusto por la vida espiritual

Juan, adolescente, iluminado por don Calosso “*gusta*” la vida espiritual porque se siente con una clara orientación: conoce el sentimiento último, la dirección por dónde ir, las etapas progresivas, los medios adecuados y los pasos de un gozoso camino de maduración con sus procesos de deseo, de determinación, de purificación, de construcción de refuerzo, de tensión hacia el amor unitivo.

Los jóvenes perciben la propuesta sobre todo cuando se les hace descubrir que este horizonte espiritual tiene como meta la realización de la propia llamada profunda a la unión de amor con el Creador. Necesitan descubrirse a sí mismos.

Cuando sucede esto, salta en su espíritu esa “chispa” de la que habla Don Bosco en la vida de Domingo Savio “*que le inflamó el corazón de amor de Dios*” y es el mismo Don Bosco que cuando habla de la oración dice que “*es muy difícil hacer que los jóvenes adquieran gusto por la oración. Su edad hace que les parezca fastidiosa y de un peso inaguantable cualquier cosa que les exija una seria atención de la mente*”.

Para conducir al joven a una dimensión espiritual gratificante y sólida se requiere una entrega total, afectuosa y constante por parte de los educadores, experiencias diarias de compromiso personal, y siempre orientadas hacia la unión con Dios y, naturalmente, esto exige del educador la experiencia personal del camino espiritual en Dios.

El guía espiritual es humilde, marcado por la experiencia personal de la cruz. En el acompañamiento, paternidad y maternidad espiritual es don y tarea que el Señor Dios confía como misión permanente. Posiblemente Juan Bosco no sabía que don Calosso, ese viejo y humilde sacerdote de 70 años, era doctor en teología por la Universidad de Turín. Juan tan solo le llamaba “*don*” pero supo estar a su lado siempre como obediente y atento a sus valores y objetivos a conseguir.

Es fácil comprender que la dificultad de la obediencia se encuentra a menudo en el discernimiento de esta representación divina en una criatura humana. Aquí aparece el misterio de la cruz, y es preciso no perderlo de vista. Convendrá recordar siempre que la obediencia religiosa no es simplemente sumisión humana a una autoridad humana. La persona que obedece se somete a Dios, a la voluntad divina

expresada en la voluntad de los superiores. Es una cuestión de fe. Los religiosos deben creer a Dios que les comunica su voluntad mediante los superiores. También en los casos en que se ven los defectos de los superiores, su voluntad, si no va contra la ley de Dios o contra la Regla, expresa la voluntad divina. Incluso cuándo, desde el punto de vista de un juicio humano, la decisión no parece prudente, un juicio de fe acepta el misterio de la voluntad divina: *mysterium crucis*.

Por lo demás, la mediación humana que supone el acompañamiento, aunque sea imperfecta, lleva un sello de autenticidad. Para el religioso que concibe y practica así la obediencia, este es el secreto de la verdadera felicidad, que brota de la certeza cristiana de no haber seguido la propia voluntad, sino la de Dios, con un intenso amor hacia Cristo y hacia la Iglesia. El Concilio, por otra parte, recomienda a los superiores que sean también ellos dóciles a la voluntad de Dios; que tomen conciencia de su responsabilidad; que cultiven el espíritu de servicio; que practiquen la caridad hacia sus hermanos; que respeten a sus súbditos; que fomenten un clima de cooperación; que escuchen con gusto a sus hermanos, quedando, no obstante, en firme su autoridad para decidir.

No tenemos miedo a equivocarnos si partimos de los artículos 65 y 66 de nuestras Constituciones que nos aclaran el sentido y el significado de la obediencia tanto en cada uno de los salesianos como en el superior que desempeña ese servicio en ese momento y en este sentido donde todos nos sentimos “guías” debemos entender la obediencia como: Espíritu de familia: enumeró simplemente lo que me parece que puede colaborar a este espíritu como la confianza mutua, el saber compartir y estar abierto a la comunicación siempre, tener iniciativa comunitaria, cuidado de la casa, comunicación de bienes, el perdón de cada día, amor y respeto por el padre de familia (director), disfrutar de los momentos comunitarios, la acogida de la comunidad y la fecundidad vocacional.

La caridad supone una gran estima, una motivación grande para cada uno de nosotros que damos una respuesta positiva y por eso es necesario dar un uso discreto de la autoridad porque el que ejerce la autoridad debe ser sobre todo un guía, la persona que sabe animar y dar una respuesta, no sólo, a los destinatarios sino a la comunidad donde ejerce su autoridad.

La respuesta a la obediencia debe generar en cada uno de nosotros lo que conocemos como alegría salesiana, humildad para realizar el trabajo lo mejor posible y vivir desde la paz y la serenidad interior la tarea a realizar para poder dar una continuidad de la Congregación porque gracias a la obediencia la Congregación puede realizar una tarea pensando en los hermanos que una comunidad o una provincia tiene y es aquí donde se debe realizar una tarea de obediencia racional y posible. Hasta aquí las cualidades encontradas en el art. 65.

Siguiendo con el siguiente artículo 66, podemos encontrarnos con realidades tan hermosas y llenas de sentido como es la voluntad de Dios en diálogo fraterno y corresponsable que supone la apertura de corazón y mente entre la autoridad (director, inspector...) y hermano, superando así todo individualismo que empaña nuestra vida común y escuchando el superior a los hermanos debe brotar la decisión de la convergencia de opiniones superando todo egoísmo personal, individualismo o utilitarismo.

No es fácil en nuestra vida actual saber compaginar este trinomio de conciencia, obediencia y autoridad si no somos capaces de ver esta realidad desde la fe de

nuestra consagración religiosa. Sólo desde aquí podemos entender nuestra obediencia.

Meditación personal

- ✓ Reflexiona sobre los textos Evangélicos siguientes:
 - Mt. 4, 1-11;
 - Jn. 11, 27;
 - Mt. 3, 17; 27, 54;
 - Mt. 26, 31-34;
 - Mt. 16, 21-26;
 - Salmo 46;
 - Mt. 26, 57-75.

- ✓ Reflexiona y medita los números de nuestras Constituciones: 64, 67, 69 y 71.

- ✓ Intenta aplicar a tu vida actual el texto de Mt. 26, 36-46 y piensa en situaciones reales que has vivido o estás viviendo.

Lectio Divina: La negación de Pedro (Mt 26, 30-35)

Lectio

Los discípulos con Jesús han terminado la cena y salen hacia el Monte de los Olivos y Jesús pensando lo que va a pasar empieza a reaccionar frente a los discípulos y, como siempre, Pedro el más primario y confiado vuelve a realizar una confesión de la que se tendrá que arrepentir más tarde. El monte es un lugar solitario que invitará a Jesús a rezar, a comunicar, sufrir y asumir lo que El no quiere. Tiene compañía con sus discípulos pero la mayoría de ellos vuelven a no entender con profundidad y lo único que hacen es repetir la confesión de Pedro, sin saber muy bien lo que dicen. Jesús comienza a tener miedo, posiblemente se llevó a sus amigos para suavizar un poco más el momento y no perder la calma..., aunque ellos no van a entrar en tema. Después de una buena cena lo que quieren es descansar sin más complicaciones. Todos han llegado ya al escenario donde se realizarán los hechos: Getsemaní.



Meditatio

Cuantas veces nos hemos encontrado como Jesús en esta noche: con miedo, ese elemento complejo e irracional que hace que nos preguntemos: ¿qué me está pasando? El miedo nos invita, te invita a la oración como a Jesús porque desde nuestra angustia y ansiedad necesitamos encontrar en Dios un manantial fresco de paz y serenidad (Salmo 4, 6 ó 129). Después de la Resurrección la invitación de Jesús a sus discípulos será siempre la misma: “no tengáis miedo” y “la paz esté con vosotros” (Mt. 28, Lc. 24 y Jn. 20) pero en estos momentos la situación es muy distinta. Mi vida sigue llena de miedos que me he ido creando sabiendo que el resultado era ese: el miedo y la angustia en muchas ocasiones. Pero todavía me puedo dirigir a Dios porque también tengo esperanza y confianza; el mejor antídoto para vencer al miedo, a mi soledad, a mi desobediencia... Hoy delante de Jesús quisiera hacer mi Testamento de Promesas. Como si Tú fueras el notario yo quiero decirte a quien dejo mi patrimonio. ¡Toma buena nota! Porque quiero que todos mis herederos tenga algo mío. ¡Copia!: ¿cuál es tu promesa a los jóvenes?, ¿cuál es tu promesa a los hermanos de comunidad?, ¿qué promesa van a recibir los colaboradores que están a tu lado?, ¿qué gran promesa dejas a la Congregación?. Dicta al notario Dios tus Promesas y luego firma el Testamento y espero que no te lleve a tener ningún litigio con tus herederos.

Oratio

Reza por todos tus herederos. Hoy quiero que delante del Señor pongas a la Congregación Salesiana en tus labios. En ella estás realizando tu vida. Echa una mirada hacia atrás desde el comienzo. Tienes campo libre para hacer el tipo de oración que quieras. Posiblemente hoy puedas hacer varios tipos de oración por tantas circunstancias que has pasado en tu vida..., no te olvides del encuentro de Jesús con su Padre en Getsemaní.

Formación

Dios para apasionar. Me consagro a Dios²

Hna Asunción Codes, stj

Introducción

“La fe crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo. Nos hace fecundos, porque ensancha el corazón en la esperanza (...)”³. Con esta formulación, la carta apostólica *Porta Fidei* sitúa la experiencia de fe en un diálogo continuo con la experiencia del amor que se recibe y se comunica gratuitamente. Al intentar compartir algo sobre un Dios que apasiona, he sentido la necesidad de relacionar la experiencia creyente de muchos hombres y mujeres de nuestra historia, con el amor que prende en sus entrañas y dilata sus corazones, y el largo y costoso itinerario del mundo del deseo, que nos impulsa unas veces, y nos confunde otras.

El tema era apasionante, pero no trivial. El Dios de Jesús ciertamente apasiona, pero acogerlo y responder agradecidamente a ese amor, es un acto de fe. Los que acompañamos la vida de hermanos y hermanas que van creciendo en esta experiencia creyente, sabemos la importancia de que el mundo de los deseos se despierte o no lo dejemos morir. Para que la fuerza de la seducción, que tuvo el Evangelio de Jesús en nuestras vidas, no se apague, es necesario atreverse a soñar y a creer en los sueños, pero es necesario que el Espíritu purifique y configure el deseo. Para que el mundo se beneficie de la Buena Noticia de un Dios que ama con locura a sus hijos e hijas creados para convivir

² Pronunciada en la XLII Semana nacional de vida religiosa. Publicada en *La búsqueda de Dios. Alegría de la fe en la Vida Consagrada*. Publicaciones Claretianas, 2013.

³ PORTA FIDEI n°7

y compartir, no podemos dejar que la sal se vuelva sosa o la luz permanezca oculta⁴. Para que nosotros mismos renovemos nuestro entusiasmo, la osadía de los primeros momentos, el gusto por el seguimiento, tiene sentido que nos adentremos en el tema conscientes de que apasionarnos por Dios y su Reino no es una cuestión de imagen de hombres y mujeres cuyos rostros y acciones hablan de que Alguien los ha cautivado, sino de opciones personales serias y comprometidas por acercarnos cada día al pozo para escuchar a Jesús, creer en Él y extraer el agua viva que mana de su fuente, o reconocer que a su lado arde nuestro corazón.

Este proceso del amor requiere una virtud fundamental, la humildad. Dios se compromete con cada uno, pero vamos a constatar en este camino que lo nuestro es disponernos, no frenar los grandes e innumerables deseos del corazón, pero consentir que se vayan resituando y purificando; comprometernos como hermanos y compañeros en esta aventura a sostener la pasión y a mantenerla viva. Atrevernos a pedir y a confiar. Pedir con la osadía de los amigos de Dios, y confiar con la sencillez de los pobres siervos...⁵.

I. La pasión de Dios que apasiona y seduce a Jesús

Hablar de la pasión de Dios es contar de nuevo hoy la historia de salvación, de relación amorosa y fiel de Dios con su pueblo a lo largo de los siglos. Pero para centrarme más adelante en algunos aspectos de la relación apasionada, he considerado necesario recorrer lo más brevemente posible algunos textos del Antiguo y Nuevo Testamento que nos recuerden y nos dejen gustar una vez más lo que todos ya sabemos: Dios es un amante apasionado por su pueblo. Esta es la fe de los creyentes, su orgullo y su alegría: Dios se apasionó por nosotros desde los inicios de la creación y no nos dejó de su mano aún cuando el “pueblo de su propiedad” decidiera abandonarlo por otros dioses.

Dios no se revela solamente en su nombre misterioso⁶; otros nombres, tomados de la experiencia cotidiana de la vida, lo dan a conocer en sus relaciones con su pueblo: es su pastor, su padre, su amigo y también su esposo y su libertador. Cualquiera de ellos es válido para captar la totalidad del vínculo que Dios establece con la humanidad. Pero ciertamente, lo inefable de la unión que busca con los suyos hace que los hombres y mujeres de Dios, los profetas y los místicos, recurran con frecuencia a las imágenes de la alegoría amorosa. Así, el nombre de “esposo” utilizado por los profetas es uno de los que mejor han expresado la **pasión de Dios que es amar hasta el extremo**, con un amor concreto y particular a su criatura, mediante una alianza de amor estable y fiel⁷.

El Dios de Israel es esposo de su pueblo; esto supone que el amor que los une tiene una historia; las atenciones gratuitas de Dios y el triunfo de su misericordia sobre la infidelidad de su pueblo son temas que continuamente aparecen en los profetas. Confidentes de Dios, amados personalmente por un Dios, cuya elección se posesiona de ellos, sienten el desgarrar que provoca esta relación, y que, al mismo tiempo, los llena también de gozo. Oseas, luego Jeremías y Ezequiel, revelan que Dios es el esposo de Israel, ese pueblo que no cesa de ser infiel; este amor apasionado y exclusivo por parte de Dios es correspondido únicamente con ingratitud y traición. Pero el amor es más fuerte que el pecado, aun cuando deba sufrir⁸; perdona y recrea en Israel un corazón nuevo capaz de amar⁹. Otras

⁴ PORTA FIDEI nº3

⁵ PORTA FIDEI nº1: «La puerta de la fe» (cf. Hch 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma. Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida».

⁶ Cfr. Ex3,14ss.

⁷ Dt 7, 12, 13: «El Señor, tu Dios, te mantendrá la Alianza y el amor que, bajo juramento, prometió a tus padres. Te amaré, te bendecirá, te multiplicará».

⁸ Cfr. Os 11,8.

imágenes, como la del pastor¹⁰ o de la viña¹¹, expresan el mismo celo divino y el mismo drama. Escoge a un pueblo para que sea el pueblo de su propiedad. Pertenencia y exclusividad son dos notas características de la relación establecida con Israel.

Así como el realismo de los profetas puso de relieve el amor divino, la meditación de los sabios va a subrayar el carácter personal e interior de la unión realizada por este amor. Dios comunica a su fiel una sabiduría que es su hija y que se comporta con el hombre como una esposa¹². Después de la cautividad, Israel, purificado por la prueba, descubre que Dios se dirige al corazón de cada uno.

Llegado el momento, decide enviar al Hijo para que encarne la gran pasión entre los seres humanos: su entrega al mundo para rescate de muchos que puedan experimentar la cercanía, la compasión y la libertad de Dios. Ponemos la mirada en el Nuevo Testamento y nos dejamos envolver por la experiencia del mismo Jesús. Él no pretende sustituir la concepción tradicional de Dios por otra nueva. Su Dios es el Dios de Israel: el único Señor, creador de los cielos y de la tierra, el Dios de la Alianza, el liberador de su querido pueblo. Lo peculiar y específico de Jesús será su forma de captarlo, vivirlo y comunicarlo. Jesús sorprende afirmando lo que ningún profeta de Israel se había atrevido a declarar: “Dios se está introduciendo en la historia para humanizar la vida”¹³. Y Jesús encarna la respuesta en totalidad a Dios, su Padre, ese amor activo, creador, gratuito y apasionado que le viene del Compasivo, que le ayuda a relativizar toda realidad humana¹⁴, y empeña todo su poder en la lucha contra todo lo que deshumaniza y hace sufrir al ser humano.

Sin duda, la gran revolución religiosa llevada a cabo por Jesús consiste en abrir una nueva vía de acceso a Dios, distinta de la vía de lo sagrado. Él nos abre el camino de la relación con el prójimo, vivida como servicio amoroso. Dios es amor gratuito y sólo se encuentra con Él quien de hecho se abre al amor que transforma el corazón de piedra en un corazón de carne. Sólo salva el amor, camino universal que reorienta el ser y unifica las fuerzas humanas. Nuestro origen y término es Dios como misterio de amor infinito e insondable. Por eso la fuerza vital que circula en cada uno de nosotros proviene del amor y busca su despliegue y plenitud en el amor. Amar es mucho más que un deber cristiano. Es la vida misma vivida de forma sana y con la orientación acertada. Nos libera del egoísmo, la indiferencia y la insolidaridad. Desata nuestras potencialidades. Pone en la vida color, alegría y sentido profundo. Si falta el amor, podemos conocer el éxito, el placer, la satisfacción del trabajo bien hecho, pero no el gozo y el sabor que sólo el amor deja en la persona que ama.

Por eso el Reino de Dios, entendido como la vida tal como la quiere construir Dios en medio de su Pueblo: digna, justa y fraterna para todos, empezando por los últimos, constituye el núcleo central del mensaje de Jesús, su convicción más profunda, la pasión que anima toda su existencia, el motivo de su vida y también de su muerte. Es una experiencia nueva que invita a resituarlo todo de manera diferente.

Nunca separa a Dios de su proyecto de transformar el mundo. No lo contempla encerrado en su misterio insondable, olvidado del sufrimiento humano, sordo al clamor de los pobres. Lo experimenta comprometido en hacer un mundo más humano. Lo vive como la presencia buena de un Padre que busca abrirse camino entre sus hijos e hijas para humanizar juntos la vida. El buscará con todas sus fuerzas que Dios sea acogido y que su reinado de justicia y de misericordia se vaya extendiendo como la gran noticia liberadora y sanadora que cura

⁹ Cfr. Os 2, 21ss; Jer 31, 3.20.22; Ez 16,60-63; 32, 26ss.

¹⁰ Cfr. Ez 34.

¹¹ Cfr. Is 5; Ez 17,6-10.

¹² Cfr. Prov 8,22 y Eclo 15,2.

¹³ Cfr. Mc 1,14.

¹⁴ Mt 4, 1-11

viejas heridas y transforma la historia. Esto era lo que necesitaban oír aquellas gentes, lo que verdaderamente podía atraer, seducir, apasionar sus vidas.

Tratamos ahora de perfilar brevemente los rasgos del Dios que apasiona a Jesús y desde el cual vive.

Un Dios apasionado por la salvación y la vida. Jesús “demuestra la cercanía del reino de Dios, no con amenazas y con ascética, sino con signos de gracia en personas fracasadas y con milagros de curación de la vida enferma”¹⁵. Jesús revela la pasión del Padre por la vida poniendo en marcha un proceso de sanación tanto individual como social. Se siente lleno del Espíritu de Dios no para condenar y destruir, sino para curar y potenciar la vida. Jesús experimenta a Dios como una potencia que abre futuro, contraria al mal y con deseos de redimir la historia del dolor humano.¹⁶ Jesús proclama, en definitiva, a Dios como Amigo de la vida.

Un Dios apasionado por la defensa de los últimos. Jesús vive a Dios como misterio de compasión insondable. Esta pasión va convirtiendo a Jesús en el místico de ojos abiertos al sufrimiento humano.¹⁷ No puede comunicar su mensaje y su experiencia olvidando a los que sufren. Les hace sitio en su propia vida y los defiende para que puedan creer que tienen un lugar privilegiado en el corazón del Padre. Jesús sabe que no puede acabar con el hambre y la injusticia, pero atribuye una dignidad indestructible a todas las víctimas de abusos y atropellos.

Un Dios apasionado por el encuentro con su Pueblo y con cada uno de nosotros. Para Jesús, Dios es una Presencia buena que bendice la vida. Su solicitud amorosa es casi siempre misteriosa y velada, pero está siempre presente envolviendo la existencia de sus criaturas. “Por Jesús sabemos que Dios es bueno y nos quiere bien. No necesitamos saber mucho más”, decía K. Rhaner al final de su vida. Para Jesús, este Dios está siempre cerca y es accesible a todos. Cualquiera puede comunicarse con Él desde lo secreto del corazón. Este Dios cercano y bondadoso con todos, es de todos y busca a sus hijos e hijas allí donde están, aunque se encuentren perdidos, aunque vivan de espaldas a él. Es más, Él tiene la iniciativa de cualquier búsqueda y encuentro. Es otra de sus pasiones, buscarnos allí donde estamos.

Podemos decir que éste es el “fuego” que Jesús vino a traer a la tierra y que no quiere otra cosa sino que incendie y arda en los corazones de todos; es la pasión que atraviesa su vida y le dispone para una consagración total al Reino de Dios, su Padre. “Por ellos se consagra”, dice el evangelio de Juan, para que puedan ser consagrados en la verdad de Dios y del ser humano, del proyecto del Padre y de la humanidad¹⁸.

La conexión profunda con esa pasión de Jesús que es la de su Padre del cielo, es el núcleo y el fundamento de nuestra pasión por Dios y por su Reino. No puede ser otro. Este modo de ser y de vivir, que hemos descrito brevemente en las líneas anteriores, ejerce atractivo y seducción sobre cada uno de nosotros porque se trata de un lenguaje que va dirigido al corazón humano, sediento de justicia y verdad, de dignidad, igualdad y libertad.

Si la Iglesia se diluye hoy no es sólo por la profunda crisis de las instituciones religiosas. En el caso del cristianismo es también por la dificultad de encontrar comunidades de discípulos y discípulas que se distinguen por la capacidad de amar como amaba Jesús, con su mismo espíritu y sus actitudes. No es imposible dejarse conquistar por su estilo

¹⁵ J. Moltmann, *El camino de Jesucristo*, Salamanca, Sígueme, 1993, 135.

¹⁶ E. Schillebeekx, *Jesús, la historia de un viviente*, Madrid, Cristiandad, 1981, 244.

¹⁷ J.B.Metz, «*Memoria passionis*». *Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*, Santander, Sal Terrae, 2007, 160-163.

¹⁸ “Conságralos con la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, yo los envié al mundo. Por ellos me consagro, para que queden consagrados con la verdad. No sólo ruego por ellos, sino también por los que han de creer en mí por medio de sus palabras”. (Jn 17, 17-20).

apasionado, pero hay que resistir y aprender a tomar distancia de un estilo de relaciones efímeras, de intercambios interesados, que nos acaba seduciendo también.

¿Podrá apasionarnos hoy el Misterio de Dios y su Reino? ¿Llegará a ser Buena Noticia para la sociedad actual esta forma de orientar la vida y la fuerza del amor?

II. Esos hombres y mujeres apasionados por el Dios de Jesús

La experiencia que aparece en los profetas de Dios como el Esposo que ama a Israel con un amor apasionado, tiene claramente una significación colectiva y comunitaria en el AT y también en el NT. Y tanto en uno como en otro expresa la Alianza de Dios con su pueblo, o la unión de Cristo con el nuevo Israel, que es la Iglesia. Pero en toda la historia del cristianismo encontramos hombres y mujeres que, partiendo de la fe en esa misteriosa unión, experimentan y reconocen en ellos la participación en ese misterio.

Es revelador asomarse a algunos textos de estos creyentes de todos los tiempos que han padecido y gozado en sus historias personales, siempre dentro de la experiencia de fe, el amor apasionado de Dios por la humanidad. Son los “místicos” de cada época, como diría K. Ranher, los testigos y los maestros indiscutibles que el pueblo de Dios necesita para alimentar la fe.

Los quiero citar brevemente como dato de realidad que todos necesitamos, para decir, lo primero de todo, que **existen** estas personas tocadas por dentro por una pasión. Si esta conferencia pudiera ser interactiva os pediría que durante unos segundos hiciéramos memoria de vuestros fundadores y hermanos o hermanas que nos han precedido y de los que hemos recibido un testimonio creíble de que lo que os digo se cumple en ellos. ¡Qué hermoso sería llenar esta sala de sus voces!

La coherencia de sus opciones y el testimonio de sus historias, los hacen creíbles a nuestros ojos aún cuando no nos asomemos ni a una pequeña partecita de lo que ellos conocen y saborean de esta pasión. Su forma de conocer a Dios es **experiencial**, llegan a Él más allá de lo que les permite alcanzar el conocimiento a través de lo que otros cuentan o aprendemos como conceptos. Ellos **experimentan y padecen lo relativo a Dios**. Es más, **consienten** en experimentar y padecer la misma compasión que Dios siente por sus criaturas, su dolor e indignación ante toda injusticia e insolidaridad. Así es como van accediendo al Rostro siempre nuevo que Dios les va revelando. No se proponen ver o contemplar, sino que son alcanzados por estas experiencias que les afectan al ser entero y les renuevan la mirada.

S. Juan de la Cruz afirmará al describir su experiencia: “Siéntese aquí el espíritu apasionado en amor mucho, porque esta inflamación espiritual hace pasión de amor; que, por cuanto este amor es infuso, es más pasivo que activo, y así engendra en el alma pasión fuerte de amor... aunque el alma lo que aquí hace es dar el consentimiento;... sólo el amor de Dios que se va uniendo con ella se le pega...” (2N 11,2).

Dios los apasiona haciéndoles experimentar el fuego de su Palabra y de sus gestos en las entrañas, en su mente, en el corazón y sintiendo el impulso de encarnar su apasionamiento al estilo de Jesús, que **despierta en cada uno/a deseos** de sanar, reconstruir, edificar mundos nuevos, generar comunión y encuentro, hacer justicia o interceder continuamente por la reconciliación, como lo han vivido cada uno de nuestros fundadores.

La respuesta se genera en la medida en que experimentan una atracción irresistible a orientarse en la dirección del Reino, al estilo de Jesús. ¡No pueden menos que decir que sí! Extraña mezcla de **pasividad y libertad**. No es una respuesta voluntarista ni lógica. Sencillamente van consintiendo al amor desde el hombre o la mujer que son. En sintonía con lo que ven y les llega de toda la realidad, necesitan encarnar el amor que se les regala y les desborda, hasta el extremo, como Jesús. Algunas lo llaman **locura** y pide que todos

nos volvamos un poco locos por amor: “Parece que sueño lo que veo y no querría ver sino enfermos de este mal que estoy yo ahora. Suplico a vuestra merced seamos todos locos por amor de quien por nosotros se lo llamaron” (V 16, 6).

Quando la locura falta, toda la acción evangelizadora se domestica y dejamos de contagiar buenas noticias transformadoras del mundo en que vivimos, como denuncia Teresa de Jesús de algunos predicadores de su tiempo, que *“van ordenando sus sermones para no descontentar. Buena intención tendrán y la obra lo será; mas ¡así se enmiendan pocos! Mas ¿cómo no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos? ¿Sabe qué me parece? Porque tienen mucho seso los que los predicán. No están sin él, con el gran fuego de amor de Dios, como lo estaban los Apóstoles, y así caliente poco esta llama. No digo yo sea tanta como ellos tenían, mas querría que fuese más de lo que veo. ¿Sabe vuestra merced en qué debe ir mucho? En tener ya aborrecida la vida y en poca estima la honra; que no se les daba más a trueco de decir una verdad y sustentarla para gloria de Dios perderlo todo, que ganarlo todo”* (V 16, 7).

La pasión que crece por dentro, afina también su mirada, ese “ver del alma” que les ayuda a **conocer** y a **descubrir** amorosamente a un Dios que sufre con su pueblo, que les lleva siempre más lejos de donde ellos están, y les hace transmisores de una **esperanza viva**: “He visto al Dios que me ve” porque habita nuestra tierra¹⁹.

Y así contribuyen eficazmente a la humanización de este mundo porque la mirada creadora de Dios sobre cada uno de ellos, recrea su mirada sobre toda la realidad. Se les impone en su interior una **nueva conciencia de quiénes son**, de cómo ve y siente Dios mismo este mundo y a cada persona. Y la experiencia y el agradecimiento de lo que Dios hace en y con sus vidas, los va seduciendo y centrando todas sus fuerzas, su energía, sus pensamientos y afectos.

Igualmente descubren en todas las cosas la misma Presencia con la que se sienten agraciados. Así nos dice Simone Weill que “el prójimo, los amigos, las ceremonias religiosas, la belleza del mundo no pasan a ser irreales tras el contacto directo del alma con Dios; al contrario, es entonces cuando se hacen reales esas cosas que antes eran medio sueños”. En definitiva, no hacen sino percibir en todas las criaturas que **“de Dios llevan significación”** (Francisco de Asís).

Nos recuerdan quiénes somos, la verdad más profunda de nuestro ser que está hecho para reconocer la Presencia de Dios que habita este mundo, que nos habita y fundamenta todo lo real, y así nos rescatan de nuestras miradas ciegas y virtuales, opacas o planas sobre la existencia. “Cuando no hubiera otra cosa de ganancia en este camino de oración, sino entender el particular cuidado que Dios tiene de comunicarse con nosotros y andarnos rogando que nos estemos con El, me parece eran bien empleados cuantos trabajos se pasan” (7M 3, 9).

El **cuerpo participa** de esta pasión que se gesta en las entrañas. Se asoman al dolor de los otros afectados, con lágrimas, desde el amor que se va gestando en su interior y hace que

¹⁹ Evelyn Underhill comenta así el enorme tesoro que representa para cada uno de los creyentes la existencia de un contemplativo: “Estas descripciones poseen una extraña nota de certeza, una nota de pasión todavía más extraña, un misterioso realismo que les es propio y que significa, donde quiera que las encontremos, que su origen no es la tradición sino la experiencia directa. Impulsados a negar todo lo que sus mentes racionales han conocido [...] estos contemplativos todavía son capaces de comunicarnos un algo difuso, de darnos noticia de una realidad específica y actual, de un absoluto inmutable en el que han logrado una visión verdadera. Los místicos coinciden de tal manera en los informes que nos dan acerca de esta realidad que resulta obvio que todos ellos han hollado el mismo espacio y han experimentado el mismo estado espiritual. Aún más, nuestras mentes interiores dan testimonio a su favor. Nos encontramos con ellos a mitad de camino. Sabemos instintiva e irrefutablemente que dicen la verdad; y suscitan en nosotros una nostalgia apasionada, un sentimiento amargo de exilio y de pérdida”.

su mirada se haga operativa: “Todo su cuerpo y alma querría se despedazase para mostrar el gozo que con esta pena siente. ¿Qué se le pondrá entonces delante de tormentos, que no le fuese sabroso pasarlos por su Señor? Ve claro que no hacían nada los mártires de su parte en pasar tormentos, porque conoce bien el alma viene de otra parte la fortaleza. Mas ¿qué sentirá de tornar a tener seso para vivir en el mundo, y de haber de tornar a los cuidados y cumplimientos de él? (V 16, 4) o también al inicio de su Reforma, dirá Teresa, “En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia (...). Diome gran fatiga, y como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían”. (CP 1,2; cfr. F 1,7).

En la vida de Jesús, de María, de cualquiera de nuestros santos fundadores o inspiradores, místicos y profetas, vemos cómo todos ellos han pasado por diferentes momentos de **pruebas**, cuyo sentido más profundo no ha sido otro que purificar el deseo y aquilatar el valor de su respuesta amorosa en la fe.

Todo este camino de purificación les hace experimentar y padecer la condición paradójica del ser humano, de cualquier experiencia, del lenguaje y de los signos -un sujeto finito e infinito, yo interior y exterioridad vuelta hacia el mundo; sentido, y también espíritu; reflejo e imagen del Misterio de Dios, incomprendible para la persona...-, pero **cuando la visión alcanza el corazón**, no se pueden callar, ni aplazar la respuesta. **Por eso su modo de hablar crea un lenguaje nuevo de palabras y gestos.**

Sus lenguajes nos introducen en la complejidad de todo proceso humano y divino juntos, en la necesidad imperiosa de **discernir** los espíritus sin que nos paralice, en la soledad que padece el hombre y la mujer de Dios cuando intenta comunicar algo de lo que se le deja ver, intuir y padecer... En sus descripciones llenas de simbología están tendiendo puentes entre el misterio de Dios sentido y presentido y el misterio del hombre/mujer que somos cada uno de nosotros. Pero no les detiene nada para decir algo de la verdad que experimentan.

La experiencia se les regala, pero saben que han de **disponerse** para reconocerla y acogerla. Saben bien que sobre el corazón no se manda, pero van decidiendo día a día hacia dónde orientan su mirada, quién es el referente de sus vidas, con quiénes alimentan este fuego que se enciende en sus entrañas²⁰. La misma pasión de Dios **centra sus vidas**, sus energías e intereses, y todo se resitúa en torno a esta “perla de gran valor”. Esta es la **verdadera alegría** y su gran experiencia liberadora. Desde aquí recobra sentido la propia vida, la comunidad de amigos en el Señor, la denuncia profética, el protagonismo de los excluidos y el diálogo o encuentro que conlleva la misión. Cuando esto falta, todo lo demás pierde su fuerza evangelizadora. De nuevo, el testimonio de Teresa de Jesús: “Viénneme días que me acuerdo infinitas veces de lo que dice San Pablo aunque a buen seguro que no sea así en mí, que ni me parece vivo yo, ni hablo, ni tengo querer, sino que está en mí quien me gobierna y da fuerza, y ando como casi fuera de mí, y así me es grandísima pena la vida. Y la mayor cosa que yo ofrezco a Dios por gran servicio, es cómo siéndome tan penoso estar apartada de Él, por su amor quiero vivir. Esto querría yo fuese con grandes trabajos y persecuciones; ya que yo no soy para aprovechar, querría ser para sufrir, y cuantos hay en el mundo pasaría por un tantito de más mérito, digo en cumplir más su voluntad”. (CC 3, 10).

Por último, quisiera decir que ellos, hombres y mujeres apasionados, también alientan la “noche de los creyentes” hoy, porque se atreven a vivir la aventura de la fe en propia carne, exploran nuevos caminos de relación con Dios en medio de la vida. Son pioneros en

²⁰ “¡Oh hijo mío! [dirigiéndose al P. García de Toledo]...Pues dice vuestra merced que me quiere, en disponerse para que Dios le haga esta merced quiero que me lo muestre, porque veo muy pocos que no los vea con seso demasiado para lo que les cumple. Ya puede ser que tenga yo más que todos...Desengáñeme con verdad, que se usan muy poco estas verdades.” (V 16, 6).

la creación del “nuevo Pueblo de Dios” formado por todos aquellos que viven la misma aventura, apoyados en la verdad del propio corazón. Por eso, su modo de conducirse en la vida, en las contrariedades, en el sufrimiento propio y de los otros/as, se hace PARADIGMA NUEVO y los convierte en guías magistrales en la oscuridad de la “noche”. Saben de “noches” que purifican sus ambiciones, sus sueños de omnipotencia, sus ídolos fabricados en su imaginación. Dios no se entrega para que le poseamos, ni les evita experimentar su eclipse hasta el punto de decir que “todo me parece sueño” (CC 1, 29) “... o de parecerle Su majestad como una persona de quien oyó hablar de lejos” (6M 1, 8); no les ahorra el “sí, quiero” de la fe, consentir, en medio de sufrimientos y contradicciones, que se haga su voluntad y si es posible que se unan sus deseos con los de Dios²¹.

Su “visión” los sitúa adecuadamente en la gratuidad absoluta de lo que recibe y de la misión que conlleva, mediante la experiencia dolorosa de una oscuridad que le lleva a vivir todo esto en **actitud teologal**. En esa oscuridad se hacen expertos en afirmar que el mal, el pecado, el dolor, la injusticia,...**no tienen la última palabra** sobre nuestras vidas, como si esas situaciones precisamente les hicieran salir definitivamente de su oscura cárcel en busca del misterio presentido tantas veces en su existencia cotidiana²².

Termino este punto afirmando: **sobreviven en la noche porque les alcanza una visión que se convierte en pasión. Éste es su secreto seguramente.**

III. La pasión por Dios: una respuesta totalizadora y radical al Dios que nos apasiona

Cuando, desde una **actitud teologal**, entramos en contacto con la realidad que identificamos como el Misterio, esa Presencia de Dios, inobjetiva y trascendente, en el centro de lo real y en el propio corazón, y experimentamos la comunicación y revelación de Dios, entonces se produce el verdadero **encuentro** con Él. Es esta comunicación y revelación que Dios hace de sí mismo, de su voluntad, de su ser amoroso y compasivo hasta el extremo, lo que tiene el poder de apasionarnos. Paso a paso, o de manera repentina, nos vemos afectados y conmovidos por esta Presencia que nos llama porque nos despierta a otra forma de existencia, y a otro modo de desear y de amar, más fraterno, compasivo, radical.

La actitud o respuesta que provoca este encuentro consiste fundamentalmente en el cambio radical en nuestro modo de relacionarnos con todo lo creado. Vamos pasando de ser un sujeto activo, que conoce, explica, utiliza e intenta dominar las realidades mundanas, a iniciar otro modo de relación en la que dejamos de ser el centro y nos descubrimos descentrados y convocados por esa realidad que nos trasciende. Se resitúa nuestra ambición, el afán de dominar, y el deseo de amar poseyendo, y aparece la posibilidad de obedecer amorosamente al plan divino, y de desapropiarnos de todo porque entendemos que nada nos pertenece.

²¹ “¡Qué delgada y pesadísima cruz tenéis aparejada a los que llegan a este estado! Delgada, porque es suave; pesada, porque vienen veces que no hay sufrimiento que la sufra, y no se querría jamás ver libre de ella, si no fuese para verse ya con Vos. Cuando se acuerda que no os ha servido en nada, y que viviendo os puede servir, querría cargarse muy más pesada y nunca hasta el fin del mundo morirse.” (V 16, 5).

²² “Posiblemente las páginas más bellas de nuestras Congregaciones, de la Iglesia y de nuestra vida se han escrito en contextos de especial pobreza, sin grandes seguridades y certezas claras, en medio de la contradicción, en el corazón muchas veces de la Noche, de la que hablaba Juan de la Cruz. Esa Noche que encierra secretos y luces decisivos para el camino en el que estamos empeñados. La noche, del tipo que sea, no es razón para dudar de la invisible presencia. Los buscadores atrevidos nos contaron que es en la noche de manera privilegiada donde se iluminan los rasgos de su mirar... Cuando Él parece no mostrar su rostro, cuando no encuentras luz... Una invitación a esperar, respirar como un niño, con todo tu ser... y aguardar calladamente, consciente de tu pobreza, mirando más allá de ti; la vida que está por nacer... “*los ojos deseados, que tengo en mis entrañas dibujados*”. (Miguel Márquez, ocd.).

No podemos pensar en vivir este encuentro si no es desde una **actitud teologal**, es decir desde la fe, esperanza y caridad, que significa aceptación, reconocimiento y acogida de la Presencia de Dios que se desvela y se nos autoentrega desde lo más íntimo de nuestra propia intimidad. Cualquier respuesta que demos no puede surgir de otro lado sino de la fe en un amor que se recibe y de la fe que busca la experiencia. O dicho de otra forma, el secreto que dilata el corazón humano es la confianza ilimitada en Dios, porque sabemos que el amor es pura esperanza.

La conciencia clara de que la iniciativa de todo este diálogo, búsqueda y encuentro, le pertenece a Dios, nos sobrecoge por dentro. Vamos tomando conciencia de que no han sido nuestras fuerzas o empeño, sino su misericordia la que nos invita a esta hermosa historia de amistad. Y así nos vamos encontrando con la verdad de un Dios, Presencia amorosa, **que nos impulsa y nos precede, que nos sostiene y nos lanza**, que mantiene un **diálogo eterno con cada uno** en lo más profundo de nuestro ser. Si esta vivencia se va dando y nutriendo, y lo hacemos desde la libertad y el contento, ciertamente tendrá la fuerza de enamorarnos y de ir madurando en el Amor a Dios y a todo lo que tiene que ver con Él y su Reino.

La Vida Religiosa, durante siglos, ha intentado encarnar una **respuesta** totalizadora y radical a este Amor que nos encuentra donde estamos, y lo ha hecho a través de muchos hombres y mujeres traspasados por esa pasión de la que venimos hablando, mediante una vida de consagración total a Dios de todo nuestro ser a lo largo del tiempo, por la profesión de los consejos evangélicos, propia de todas las formas de vida religiosa. Nace y existe, por tanto, como un fenómeno eclesial, fruto del Espíritu Santo, cuyo horizonte unificador y totalizador es la obediencia a Dios y su Reino al modo de Jesús. Por el don de sí de cada religioso/a, ya sea en un apostolado constitutivo de vida apostólica o ya sea dentro de un orden de vida monástica, abrazamos al mundo que Dios tanto ha amado dándole a su Hijo Único-Engendrado, y nos dejamos envolver y seducir por la pasión que ha llevado al mismo Dios a entregar el mayor don de Sí mismo.

Si decimos que la fe tiene *vocación de experiencia y necesita experiencia*, del mismo modo afirmamos que la pasión de amor pide la implicación total, y en el tiempo, de toda la persona, y en toda su profundidad, empeñando toda su energía afectiva y cognitiva, respecto a toda la realidad. Estamos hablando, por tanto, de un modo concreto de implicarnos **radicalmente**, un modo apasionado, que tiene a Dios y su Reino como el **centro de interés** que focaliza la existencia y nuestras mejores energías, al modo de su Hijo Jesús, de quien deseamos ser memoria viva de Él en medio del mundo.

Al decir **me consagro totalmente a Dios y me consagro por ellos**, estamos expresando la doble vertiente que lleva implícita nuestra respuesta a Dios que nos invitó primero a seguirle en una comunidad de discípulas/os enviados en misión para la vida del mundo. Quiero compartir con mis palabras lo que para mí significa decir hoy “me consagro totalmente a Dios y me consagro por ellos”:

Acojo y reconozco tu Presencia en mi vida y en la vida del mundo. Tú eres el iniciador y el gran protagonista de esta aventura amorosa, aunque yo tarde tanto en darme cuenta. Tu Palabra encarnada en tu Hijo, Jesús, ha convocado mis pensamientos, mis afectos, mis deseos, y me enamora lentamente. Tu modo de amar me seduce. Tu obrar en mí y en el mundo conquista mi libertad que nunca se siente anulada por Ti.

Mi ser entero recibe tu invitación a resituar todas mis relaciones, y a pasar de ser el centro a que lo seas Tú. Y en torno a Ti todos mis intereses se reorganizan. Día a día vas liberando mi libertad y por eso puedo decir que te pertenezco sin sentir que me humillas o me anulas. Día a día sé que irás dilatando mi corazón para que pueda amar como Jesús, pensar y sentir como Él.

Asumo responsable y amorosamente el cuidado de nuestra relación, y confío en que Tú cuidarás de mí para que la fuerza del mal, del desamor o de la injusticia no dañe mi corazón y lo endurezca.

Acepto ser memoria viva de Jesús hoy, y como Él y con Él, me expongo a dejarme amar y seducir por un Dios totalmente libre y diferente a toda forma de amor que conozco, que nos busca y nos ama. Me expongo toda entera a dejarme afectar por la vida de la gente, y a sufrir y gozar con otros y por ellos. Me expongo también a “luchar con Dios” en la noche y en el silencio escandaloso que, a veces, guarda. Me expongo a buscar permanentemente y con todas mis fuerzas, una respuesta y una alternativa posible, vigía de todo lo que emerge en este mundo con sabor a Evangelio.

*Me entrego por entero a preparar la **mesa compartida del Reino** con los que vivo cotidianamente, en comunidad, en la calle, en tantos espacios donde Tú me estás esperando. Me entrego con todas mis energías afectivas a generar la comunión allí donde me encuentre.*

Mis días y mis noches son para Ti, y desde Ti se convierten en horas gastadas a favor de otros/as, al servicio de la reconciliación y la justicia, de la misión y de la intercesión, del consuelo y la sanación. Sin jubilación posible.

Todo mi ser, mi sensibilidad, mis pensamientos, mis energías mis decisiones,... en oración, unas veces, trabajando o sudando, otras, cuando llora y cuando ríe, cuando sufre o cuando piensa, es mi respuesta agradecida a tu amor y a tu modo de ser Dios con nosotros.

Me consagro a Ti y elijo dejarte ser Dios en mi historia, el que en verdad me consagra. Me consagro por ellos y elijo que mi amor incluya a toda la diversidad de personas que me encuentre en el camino.

Desde la clave que venimos abordando de la pasión por Dios y por su Reino, los tres votos, -es decir, la forma de profesión tomada por la mayoría de las congregaciones, cuya esencia se encuentra en todas las formas de profesión- deberían ser interpretados, no tanto como “huida del mundo” o como la aceptación de obligaciones y prácticas suplementarias, sino como las coordenadas de otro “mundo posible”, que no es un lugar físico sino otra realidad intuita a través de la Palabra y del Espíritu, en diálogo con la realidad, que siempre está en construcción. Por nuestra profesión los religiosos nos comprometemos a posibilitar mediante nuestra acción evangelizadora y apostólica ese “otro mundo”, que presentamos a nuestros contemporáneos como una posibilidad histórica real.²³

Conducidos por el Espíritu, vivimos la alianza como un único movimiento de amor que expresa y realiza la unidad entre los tres votos o promesas de pobreza, castidad y obediencia. No son mandamientos, son consejos a los que respondemos desde una libertad conquistada y regalada al mismo tiempo. Esto nos permite recuperar su originalidad y vitalidad para la **comunión profunda**.

Nos vamos identificando con la pobreza evangélica cuando progresivamente entendemos que lo nuestro es vivir compartiendo lo que tenemos, lo que somos, lo que pensamos y soñamos. Cuando al fin hemos comprendido que **todo es don** y hacemos la experiencia de que **nada nos pertenece**, podemos soltar, desposeernos de cosas y consagrarnos a hacer posible la justicia del Reino aquí en la tierra, la Mesa compartida del Reino.

La libertad liberada nos permite vivir desde un corazón bueno que puede amar con serenidad, con ternura, con paz, a velas desplegadas y con una preferencia explícita por

²³ SANDRA M. SCHNEIDERS, IHM, *Naturaleza radical y significado de la vida consagrada*, Seminario Teológico 2011, Roma.

los que tienen menos posibilidad de amor y de ternura, de compasión y cuidado, en cada contexto.

Nos sentimos llamadas a vivir la osadía de dejarnos conducir por el Espíritu en la historia según el carisma recibido. El seguimiento de Jesús corporativo, la necesaria unión hacia dentro y la misión hacia fuera dan sentido al voto de obediencia, que nos sitúa en una actitud de búsqueda y en una dinámica de acogida que compromete la vida entera. La obediencia supone participación responsable en la misión y el proyecto común. Se vive en circularidad, como escucha en primera persona y como respuesta comprometida, responsable y audaz de todas. No nos imponemos a los otros, sino que elegimos buscar la voluntad de Dios junto a ellos. Queremos utilizar nuestro poder con y para los demás, nunca contra o a pesar nuestro. Vivir obedeciendo al plan de Dios supone preguntarnos cómo entramos en comunión con toda realidad humana, especialmente la más desfavorecida, y hacer de ello un estilo de vida.

Cada día debería ser una oportunidad para renovar nuestra toma de posición radical frente a las tres coordenadas que constituyen la vida humana: las *relaciones*, los *bienes materiales*, y el *poder*. Por el celibato consagrado, la pobreza evangélica, y la obediencia profética, intentamos, al lado de muchos otros, que nuestra vida común sea una humilde encarnación del verdadero mundo que Dios sueña, mientras trabajamos por realizarlo en la historia a través de nuestros apostolados y servicios. La disponibilidad supone expresar en nuestra manera de pensar, sentir, obrar, la relatividad de las realidades humanas, afirmando a la vez que son imprescindibles. Una dinámica paradójica que nos pone delante de un ejercicio de contraste y discernimiento habitual. ¿Qué energías tenemos bloqueadas para el Reino y orientadas para satisfacer confort, seguridad, poder, afectos...? Deberíamos estar más abiertos a revisar de vez en cuando nuestras formas de vivir la afectividad ofrecida y recibida. Dar nombre a miedos y celos, búsquedas compulsivas de afectos, relaciones ambiguas, modos de poseer lo que tenemos o de imponer nuestra voluntad a todos... ¿Hasta qué punto el Reino centra y unifica nuestras fuerzas? No hay disponibilidad con energías bloqueadas ¿Dónde está puesto ese potencial? ¿A quién sirve...

El despojamiento total, como camino que nos prepara y nos dispone a amar, decidimos que lo queremos vivir en una comunidad donde todo se pone en común. Comunidad que puede realizarse únicamente entre personas que se ponen en camino cada día para realizar el sueño de llegar a tener un solo corazón y una sola alma. Y para esto hay que poner medios realistas, unas veces, y medios auténticamente espirituales, también. La unidad y la comunión es una llamada, pero hay que elegirla y pelearla cotidianamente.

Somos muy conscientes de las tensiones que se dan en esta comunidad de discípulos/as iguales, libremente escogida, entre las exclusiones e inclusiones de las relaciones humanas, y en esa dinámica cotidiana nos movemos y elegimos centrar una y otra vez nuestro amor en Dios, incluyendo en ese amor a todas nuestras hermanas y hermanos del mundo, sin excepción ni distinción.²⁴

Y en medio de esta dinámica de radicalidad conservamos una verdad fundante: Dios nos llama a **ser felices**. “¿Por qué, entonces, nos topamos con tantas caras serias y feas? ¿Acaso Dios es feo, serio? ¿Qué transmiten nuestros rostros de la verdad de Dios? ¿A qué

²⁴ Se comprende la posición de la Hna. Sandra Schneiders, IHM, quien prefiere llamar a la nueva forma de vida religiosa con el nombre de “vida religiosa ministerial”. Considera que en su evolución a través de los siglos la comprensión de ‘la vida religiosa apostólica femenina’ se ha hecho más pesada: como un híbrido de formas monásticas y apostólicas (o ministeriales) con la expectativa de vivir plenamente las exigencias de ambas. Ver su artículo “The Past and Future of Ministerial Religious Life” en *National Catholic Reporter* (October 2, 2009), una sección especial, páginas 1a- 4a. El vínculo de la vida religiosa apostólica –comprendida como un todo- con el grupo de discípulos, fue formulada por la Hna. Elizabeth Johnson, CSJ, en “Discipleship: Root Model of the Life Called ‘Religious’,” originalmente publicado en la *Review for Religious* 42 (1983): 864-872, re-editado en *Paths of Renewal for Religious*, Volumen 2 de *The Best of the Review*, editado por David Fleming, SJ, (St. Louis, MO: Review for Religious, 1986): 35-43.

Dios seguimos?” -se pregunta el prefecto de la congregación para los religiosos en su intervención en la XVIII Asamblea General de la CLAR- Y continúa diciendo: “Para muchos Dios es el centro, como condición mas no como realidad. Algo así como consagrados posmodernos... Ahora bien, el Dios que me fascinó cuando me llamó, ¿me hace un loco por Él o yo soy ahora uno que sigue reglas, estructuras, tareas monótonas? ¿Soy en verdad un enamorado de Dios? Esto es fundamental si queremos avanzar en la espiritualidad de comunión. Porque lo que parece imposible, es posible para un enamorado. Un enamorado es un loco que llega muy lejos para poder encontrarse con su enamorada. Sufre dificultades, pero continúa, No tiene dinero, pero consigue lo necesario para el encuentro, no tiene salud, pero se levanta. Tenemos que recuperar la locura de los enamorados. Que Dios sea nuestra casa. Mi invitación es a ser felices porque tenemos a Dios, y El nos ama...”²⁵

IV. El itinerario de una pasión: claves para alimentar y resituar nuestros deseos

Somos esos hombres y mujeres que, como respuesta a una llamada-sedución-atracción, orientan sus DESEOS hacia la persona de Jesús - a pensar y sentir como Dios mismo, a conocerle y amarle, a entregar la vida por su misma causa, la del Evangelio, la del Reino-. Pero “los caminos del Amor son inauditos -como bien sabemos los que intentamos recorrerlos- y turban de repente el corazón resuelto...conocerá muchas horas sin nombre [desolación]... tan pronto ardiente, tan pronto frío, tan pronto tímido, tan pronto audaz... tan pronto humillado, tan pronto exaltado...”²⁶. Así describe esta mística medieval la intrincada senda del camino del amor mezclada con la del deseo. Será necesario que éste vaya siendo configurado por los valores evangélicos, y que seamos libres para reconocer nuestros modos de desear, nuestras posibles confusiones o marañas, esa finísima tela de araña que envuelve o impregna nuestros afectos, nuestros vínculos, y nuestros “amores”.

Se trata, por tanto, de recorrer un largo proceso en el que *cada persona ha de elegir y asumir cada día su auténtico ser de entre todos los que puede ser*, como dice Ortega y Gasset. Es decir, cada persona ha de hacerse cargo, consciente, libre y responsablemente, de cómo va orientando sus fuerzas, sus deseos, sus mejores energías para amar y servir, y disponerse para lo que Dios obre en ella. Muchos maestros han aportado descripciones sabias y orientadoras sobre este itinerario espiritual, que nos devuelve la identidad perdida de hijos y hermanos, la verdad del ser que se esconde a una mirada superficial y ligera, y que se convierten en indicadores de un camino que hay que recorrer.

Hoy sólo quiero fijarme en cuatro claves que, a mi modo de ver, son fundamentales para alimentar y resituar los deseos que se despiertan en la persona enamorada, atraída o cautivada por Dios y su Reino.

► ***Nunca acabamos de conocer a dios, sus modos de comunicarse y actuar en cada persona***

Hay un punto de partida que moviliza nuestros deseos y despierta la sed del encuentro: **Dios se comunica de muchos modos y maneras...** y la persona ha de aprender a conocerlo y reconocerlo así, en sus diferentes lenguajes y formas de hacerse Presente, en lo íntimo del ser y en las profundidades de la historia humana. El conocimiento de Dios despierta el agradecimiento, alimenta el amor y acrecienta la pasión por sus intereses, pero es necesario familiarizarse y discernir cómo se nos va mostrando en la vida, cuál va siendo su novedad capaz de dilatar el corazón humano.

²⁵ JOÃO BRAZ DE AVIZ, Prefecto de la CIVC-SVA, *La vida religiosa en los tiempos actuales*, intervención en la XVIII Asamblea General.

²⁶ HADEWIJCH DE AMBERES, “*Poemas III*”, en *El lenguaje del deseo*, Madrid 1999, 66-67.

El hecho de que Dios mismo se nos quiera **comunicar** y **actuar** en cada uno y en el mundo que Él ama, nos revela la gran dignidad de cada ser humano, y aviva el fuego del amor, la pasión de la entrega. “Si no conocemos que recibimos no despertaremos a amar”, dice Teresa de Jesús. La mayoría de las veces podemos reconocernos como el ciego del camino, el sordo, el tullido, o Lázaro encerrado en la tumba y atrapado en sus vendas. Es preciso **abrir los ojos interiores** para reconocer, mirar, advertir de qué maneras diferentes se va comunicando Dios con cada persona, hasta poder considerar que su **acción** en nosotros llega a ser el modo de comunicación más plena y sorprendente que desborda a quienes lo han probado y acogido desde la fe. Se trata, por tanto de una comunicación que tiene el poder de **transformar**, porque El hace lo que dice.

El contacto con su verdad, nos va desvelando nuestro propio misterio: estamos hechos para amar y ser amados, pero no sostenemos el amor recibido, ni el dado. Nuestro fuego interior hoy es y mañana se extingue cuando pretendemos avivarlo con nuestras propias fuerzas. Camino de **humildad** que nos capacita para soportar la verdad que se nos va revelando de Dios y de nosotros mismos, también de nuestros hermanos y hermanas. La cuestión no es engordar nuestro ego, ni humillarlo. La clave o el secreto está en **reconocer** lo que Dios hace en todos, sin acallararlo ni ignorarlo.

Progresar en este **conocimiento interno y experiencial**, no de ideas o de palabras, está en la base del proceso de **ahondar** la pasión. El deseo se purifica así de sus ambiciones y ensoñaciones, porque **conocer A Dios** significa **entrar** de lleno en la imagen revelada por Jesús de un Dios que se manifiesta en la espesura de la vida y en las mediaciones cotidianas, o en el silencio y profundidad del corazón, comunicando verdades esenciales que sostienen la opción evangélica sin que nosotros sepamos cómo.

Hay un modo de comunicarse que es dejándonos experimentar sus mismos sentimientos de compasión, justicia, perdón, ternura,... Y en la cumbre de este proceso conoceremos a Dios como el mismo Jesús, atravesados por la pasión que le llevó a dar la vida hasta muerte. Es pura **gracia** y, por eso, conocimiento del modo de obrar Dios en cada uno.

Esta comunicación divina utiliza lenguajes sorprendentes y va adquiriendo una intensidad impetuosa hasta el punto de llegar a experimentar a un Dios que avasalla, ilumina y arrebat, purifica y hiere, también que se esconde y calla hasta producir una “pena sabrosa”, o ser contemplado como llama de amor viva que enamora el corazón humano, o Fuente de agua viva que calma su sed.

En definitiva su comunicación es Amor y nos despierta a amar y a entregarnos como Él. Nos ha llamado a cada uno para establecer un diálogo de amor-amistad, una historia apasionante en las profundidades del ser y en la espesura de la historia humana. Conocerle llegará a ser lo mismo que sentirnos familiares a sus modos de mostrarse, de comunicarse, de actuar y de ocultarse.

En este proceso necesitamos **considerar** de forma sostenida en el tiempo, la importancia de la oración como una respuesta amorosa, expectante, acogedora, a esta comunicación divina: estar a la escucha, estar para Él, estar por Él, sostenidos por la fe en esta Presencia que se nos quiere comunicar y se nos está comunicando ya.

► **Una pasión cada vez más honda**

Dios está en lo íntimo, permanece **dentro**, en el centro del ser y de toda la realidad. Frente a esta permanencia divina, nos encontramos con nuestra inestabilidad, esa constante ida y vuelta entre una doble atracción: interioridad y exterioridad. El secreto está en vivir desde el nivel más hondo de nuestro ser, desde ese centro habitado por un Dios que no se muda, abiertos y confiados a su acción.

Es en las profundidades donde se realiza la unión de voluntades, donde nuestro deseo se ve transformado y unificado por el deseo de Dios. Como dice el filósofo Levinas: “**Dios no satisface el deseo, ahonda el deseo**”. Más allá de los sentimientos y emociones que nos tiranizan, más allá de los estorbos que nos distraen de la única pasión por el Reino de Dios y su justicia, más allá de las necesidades e ilusiones, nos espera la oportunidad de que el deseo no juegue con nosotros, y la Palabra oriente nuestros intereses.

Es preciso adentrarse más allá de las primeras seducciones y desánimos, más allá del gusto o disgusto que nos provoca la misión y la relación personal con Jesús, más allá del beneficio y los intereses que nos reporta esta relación. Ahondar la pasión significa avanzar sostenidos en la confianza. No seguimos en este camino por los gustos recibidos, ni por los resultados obtenidos, sino por el sentido profundo, la verdadera alegría que nos va revelando Jesús, sin saber muy bien cómo explicarnos lo que ahí sucede.

En la medida que nos arriesgamos a **entrar** y a ir más allá del mundo que controlamos, este fuego que arde en el corazón adquiere más consistencia, se alimenta de la fe, la esperanza y el amor recibido, y despertamos a una **nueva conciencia** de quiénes somos y quién es Dios y su Proyecto, revelado en Jesús que despliega el verdadero ser de hijos y de hermanos, en comunión con la humanidad, comprometido con todas sus causas, liberado para entregarse y consentir al amor establemente.

Corresponde a cada persona encontrar su ascesis para hacer este camino de profundizar la pasión, es decir, hallar las maneras de ir vaciándose del ego que nos distrae, arriesgándose a vivir desde otra sensibilidad, la del espíritu; despojándose para dejar espacio a los otros y al Otro y llegar a la verdadera unión con la pasión de Dios. Se trata de no saturar el deseo, sino de dejarlo abierto, como dinamismo hacia el *Último Deseo*. Cuanto más vivimos en Dios, menos somos nosotros el centro y menos necesitamos las cosas y más receptivos estamos a los demás.

► ***Toda la persona experimenta y padece los efectos del diálogo amoroso***

Para permanecer en la lucha que supone adentrarse y dejarse purificar en los deseos, la persona no puede prescindir del sabor y el gozo que le proporciona esta amistad tan peculiar.

Hay fases y momentos que se nos regala un gozo profundo, unas certezas que dejan paz en el alma. Una alegría que no podemos explicar, pero que sabemos que no nos la puede arrebatar nadie. Y esto hay que reconocerlo y celebrarlo. Hay que sorprenderse de poder perdonar, de amar con ternura, o apasionarnos por ser signos de reconciliación y de esperanza para muchos otros. Es preciso discernir aquilatadamente los efectos que se convierten en indicadores de este camino apasionado, como el de Jesús: la pasión por la verdad y la justicia, aunque nos lleve lejos; los deseos de padecer la misma pasión que sufre nuestro pueblo al que servimos; el deseo de que los demás nos conozcan tal y como somos porque Otro nos ha conocido y amado primero y antes... Y un ensanchamiento de corazón que nos libera de una exclusividad posesiva y nos va introduciendo en la pasión por la **inclusión**, por vivir en una **mesa compartida**, la del Reino.

Pero también hay fases en las que Dios nos deja experimentar su trascendencia. No lo controlamos y nos desconcierta²⁷. Quiere poseer del todo y prueba el amor. Y sentimos la tierra reseca de nuestras entrañas, y empezamos a dudar de la pasión que sostuvo muchas luchas y proyectos, o los encuentros con Él. Sentimos que no bastan nuestras buenas obras. Dios nos busca y nos quiere a nosotros mismos. Es la hora decisiva del proceso espiritual, la del abandono y la confianza amorosa; es el momento de resituar nuestros méritos y experimentar que **todo es gracia**. Y liberarnos del poder de las tinieblas para ser conducidos al reino de la luz y de la gracia. Es el momento de apasionarnos con un Dios

²⁷ PORTA FIDEI 15.

que nos quiere tal como somos, sin dar ninguna talla, humildes como el publicano, cediendo las riendas de nuestra historia amorosa al verdadero protagonista. Esta prueba de amor la hace Dios, y es necesaria para resituar el deseo y fundamentar el camino del amor en la fe-confianza. Nuestra pasión por Dios y su Reino ha de conocer la **absoluta gratuidad de Dios y de su amor**.

La unión de nuestros deseos con los suyos, de nuestra voluntad con la del mismo Jesús, produce la verdadera **alegría**. Cuando vamos experimentando que los otros intereses se resitúan y no se contradicen; cuando nuestro ser, nuestras energías, nuestros pensamientos se centran en el Reino y en el Señor del Reino, la persona encuentra la razón de ser de todo el itinerario, se entrega desde dentro, no está sometida a los vaivenes del sentimiento, de los fracasos, de las ingratitudes, del deseo desordenado de poder y de poseer, y otras ambiciones que cada uno conocemos. De esta forma, probamos la **auténtica indiferencia** ignaciana, fruto de una pasión, situación humano-espiritual que genera el encuentro de un tesoro que nos llena de admiración y por el cual se vende todo lo demás²⁸. La indiferencia, así entendida, no es pasividad sino Pasión, deseo, vinculación; no es igualación, sino diferencia; no es paralización, sino movilización; no es sometimiento, sino elección.

Y hay momentos que sencillamente se padece a Dios porque hemos de soportar una verdad amorosa muy grande en una humanidad muy limitada que no puede poseer definitivamente nada de cuanto se le da o regala. Esto nos deshace por dentro. Gozo y dolor van juntos en la experiencia.

Pero hay que hilar fino y consentir que el mismo Espíritu de Dios sea el que pronuncie en nosotros bajito una continua acción de **gracias** por todo lo vivido. No sabemos bien cómo, pero la experiencia nos dice que “nada ha sido bastante para apartarnos de este **gozar** del amor de Dios que no se separa de nuestro lado”. Tomarnos en serio pide escuchar y discernir estas voces interiores, este lenguaje de los sentimientos y las emociones en relación a la obra que Dios va haciendo y su progresiva revelación en nosotros.

► ***Se responde eligiendo pero de modos muy diferentes hasta que se libera la libertad***

Todo el camino prepara nuestra libertad y la adiestra. Conectar con la pasión de Dios en un principio no nos ahorra tomar la **determinación** de entrar en este camino de iluminación y purificación del deseo y enamoramiento de nuestra voluntad.

Las respuestas que vamos dando tienen muchos matices: en unas fases de nuestra vida damos un sí apasionado y gustoso, lleno de encanto y colorido, fuerza e ilusión. En otros momentos decidimos continuar, adentrarnos en el camino de seguimiento de Jesús confiados en Él, en su Palabra, en los hermanos y hermanas. En otras aprendemos a permanecer humildemente y sin saber muy bien cómo o por dónde seguir. Siempre la Palabra y la oración, las palabras y las otras voces de la historia nos sostienen. Pero en todo el recorrido hemos de estar eligiendo.

Hay etapas de lucha y forcejeo, en las que el deseo pelea como Jacob toda la noche, hasta que **se rinde** y se entrega. Este Dios, que abrasa y quema, enciende y roba, arrebatada y consume por dentro, en determinado momento lo que quiere es que le deseemos aún más, y espera de nuestra libertad el **consentimiento** al amor, es decir, que acojamos gozosamente sus modos de amar y nos dejemos conducir, que Él nos esponga y nos entregue en manos de sus hijos e hijas. Teresa de Jesús en las sextas moradas, herida por el amor del Esposo que hiere y mueve a la persona a una entrega total, llega a decir:

²⁸ Mt 5, 44-45.

“quedé determinada a no tomar otro Esposo...”. Es una opción importante en toda historia amorosa: volvernos a elegir y consentir al amor.

Nuestra libertad se purifica de miedos, de imágenes falsas que ya no tiene que cuidar, de idealismos y sueños que se desmoronan, de sentimientos que son fugaces. Nuestra libertad se sustenta en el amor firme y duradero de Dios, en su misma libertad absoluta.

Así renace el hombre y la mujer nueva: persona de deseos, acosada por la necesidad de obrar y servir -las obras nacen como fruto del Amor-, con mirada abierta sobre el inmenso paisaje de la humanidad y del drama humano, capaz de gozar y penar a la vez, siempre en espera de más. Liberada del propio yo, ha ido pasando del mundo de las necesidades a la **libertad**; de vivir desde el propio “deseo e interés”, a la unión de su voluntad con la de Dios. Va pasando de “ser amigos” a vivir en “alianza de amor” con Dios y con su pueblo. La persona decide que ya no quiere pertenecer a otro Señor y, al mismo tiempo, no desea sino estar en mitad del mundo y tener la libertad de dar voces para que todos gocen de este Dios.²⁹

V. Junt@s nos apasionamos, y junt@s sostenemos la pasión de construir un NOSOTROS³⁰

Y no podía dejar de tocar la dimensión comunitaria de nuestra consagración desde esta perspectiva de la implicación y responsabilidad mutua por sostener y alimentar la pasión que nos reunió un día en torno a Jesús. Estamos invitados e invitadas a recorrer el proceso, descrito anteriormente, como hermanos, amigos, próximos al mundo en que vivimos. Y entre todos mantenemos también la respuesta apasionada y radical de construir un **nosotros** que incluya a los más posibles.

Vivimos momentos eclesiales y de Vida Religiosa que nos confrontan, tanto *ad intra* como *ad extra*, con evidencias de muerte en muchas vidas comunitarias que reclaman señales de vida. No hemos de olvidar, además, que el “nosotros” en tiempos de crisis nos hace fuertes, nos empodera y nos nutre a la vez.

El icono bíblico de la Casa de Betania³¹ propuesto en la XVIII Asamblea General de la CLAR³² para que sea el horizonte inspirador en el 2012-2015, puede darnos la clave exacta de lo que intento decir aquí hoy.

Aquella comunidad representada en la persona de Lázaro, está muerta³³. Dos mujeres de la comunidad de Betania, hermanas de Lázaro, perciben que el problema no es la pérdida del hermano, sino que su hermano murió por el hecho de que la comunidad había perdido a Jesús. Perdieron la referencia común, o sea, la visión referencial. Como portavoces, van al encuentro de Jesús y le expresan el clamor de la comunidad, desorientada ante la crisis de tantas muertes: “¡Si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano!³⁴”.

Él les desafía afirmando que quien tenga fe, vivirá para siempre³⁵. Marta hace pública su confesión³⁶, pero para que su hermano vuelva a la vida es necesario, además de la presencia de Jesús y de su Palabra llamando a Lázaro a salir fuera³⁷, el compromiso activo

²⁹ 6M 1,1; 6,3

³⁰ PORTA FIDEI 10: *El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este «estar con él» nos lleva a comprender las razones por las que se cree. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree.*

³¹ Jn 11, 1 – 12, 11

³² Ir LUCIA WEILER, IDP.

³³ Jn 11, 1-16.

³⁴ Jn 11, 21.32.

³⁵ Jn 11, 27.

³⁶ Jn 11, 27.

³⁷ Jn 11, 43.

de la comunidad. La palabra de Jesús es una parte de la señal. La otra exige el compromiso de la comunidad que debe implicarse en el “quitar la piedra”, desatar las vendas o ataduras, para que Lázaro vuelva a vivir.

Unos versículos más adelante³⁸, vemos a esta **comunidad reconstruida en el amor** y permitiendo que el perfume de su vida contagie, seduzca y atraiga por su experiencia, apasione a otros y rehaga sus vidas rotas por el anonimato o el egocentrismo...

Hoy os invito a acoger el texto como una llamada de atención para nuestras comunidades respecto a las “piedras” y “ataaduras” que han matado la pasión con la que iniciamos el seguimiento de Jesús, los impedimentos para salir de los sepulcros y caminar libremente guiados por la ternura y la compasión. Estamos invitados/as a percibir, como Marta y María, los espacios donde falta Jesús, donde deberíamos anticiparnos para que la vida no muera antes de tiempo, para que no se apague el fuego que ardía en los corazones, y para que a nadie le falte lo que necesita para vivir. El verdadero amor pasa por todo esto: “Si alguno que posee bienes ve que su hermano está necesitado y le cierra las entrañas, ¿cómo puede residir en él el amor de Dios?”³⁹.

Es hora de darnos una nueva oportunidad para reencontrar el camino del seguimiento radical como discípulas y discípulos enamorados de Jesús y su Reino, referencia común, que asumen su modo de devolver la vida a los suyos a través de la implicación mutua - quitarnos vendas, correr la piedra, confiar en la fuerza que tiene el hilo de vida que aún asoma en cada hermano y hermana por muerto que parezca-. El ministerio de la sanación-compasión al modo de Jesús nos sana y nos devuelve identidad a nuestro modo de ser y gestar comunidad. Para renovar las brasas y avivar el fuego que arde en los corazones de cada hermano/a, es preciso que entre todos generemos espacios donde tengan cabida *los ruiseñores y las mariposas*, como canta el poema de Gioconda Belli, gente que canta y que puede volar y vivir en libertad, desatar sus sueños y sostener esperanzas. Es urgente contagiarnos deseos que despierten la osadía y el riesgo, la locura y la confianza humilde para realizar las obras de Dios y no las nuestras. En este momento de nuestra historia yo apuesto por relaciones que buscan la igualdad en la dignidad, en la participación y la responsabilidad **en el amor**, no sólo en las tareas. Construir el NOSOTROS entre todos nos devuelve sentido de pertenencia y nos hace salir de infantilismos, dependencias y también de la irresponsabilidad. En este tiempo necesitamos comunidades de mistagogos/as que se contagian esa “locura” de la que hablábamos, comunidades de “amigos/as en el Señor” que se hacen fuertes y entrañables mutuamente, grupos en los que circula la experiencia de Dios, se comparte, se respeta, y entre todos se hace grande el fuego que arde tímidamente en cada corazón.

Tres claves para encarnar una comunidad de mistagogos/as:

Siempre he aprendido que Teresa de Jesús fue una mistagoga, porque no pretendió exponer simplemente teorías sobre el encuentro con Dios y el camino de oración, sino que supo mirar a cada persona y soñarla desde la mirada de Dios y se propuso sencillamente **contar su experiencia y contagiar el deseo**, el fuego que ardía en sus entrañas, a partir del encuentro con Él. Se sentía tan sorprendida y agradecida de ser testigo privilegiado de la obra de Dios en ella, que pasó sus grandes trabajos por **dar a entender, comunicar a otros y otras esta experiencia** y mover el corazón de muchos para **disponerse a vivirla**. A veces parece que quiere arrancar la determinación de caminar hacia el centro del “castillo” donde mora el Rey y el Señor, el Amigo y el Amante, el Dios de las misericordias y buen Pastor, o buen Vecino, que busca y ronda nuestra amistad. Otras, advierte,

³⁸ Jn 12, 1-11.

³⁹ 1Jn 3, 17.

comparte, avisa,... En toda su obra escrita, parece decirnos continuamente: “**Hablemos**, hermanas y hermanos, hablemos de la vida que vivimos, de la misión que llevamos entre manos y hablemos también del amor que nos tenemos”... Este “hablar” hoy podría tener estos tres matices que quiero sugerir humildemente para poner pies a la famosa expresión del acompañamiento mutuo:

1. Podríamos afirmar que nuestra vida consiste en aprender a discernir juntos la voluntad de Dios (Rm12, 1-2). Cada comunidad es un conjunto de personas que han hecho de la “pasión por Dios”, de su escucha y obediencia, el *quid* de su vida, aquello que unifica y hacia lo que tiende su Deseo.

Estamos convocadas para “ofrecernos la luz mutuamente”, para preguntarnos alguna vez dónde estamos situando nuestro interés vital, qué cosas nos apasionan y cuánto y cómo. El discernimiento no es una técnica, sino un estado permanente de atención y de ofrenda de uno mismo, que reclama el servicio mutuo de ofrecernos la verdad, la mirada vigilante sobre el mundo y sus grandes dolores y desgarros o sus finas señales de vida solidaria... Compartir la libertad para ensayar respuestas sin que el miedo o la comodidad nos retraigan. Sentir que no somos ajenas ni independientes en esta búsqueda. Cultivar la necesidad y el deseo de buscar juntas, porque nos necesitamos y porque Dios así nos quiere, entre nosotras y con tantos otros que pone en nuestro camino...

Mi experiencia va siendo que el silencio y la incomunicación de lo que vamos reconociendo como el paso de Dios por esta historia, nuestra y de todos, es la mayor tentación en la que hemos ido cayendo. Porque calla la pasión y se adormece el deseo, enferman las fuerzas y el interés vital se vuelve monocolor. Pero cuando permitimos que se libere humildemente en nosotros lo que creemos, lo que nos coge por dentro, aquello por lo que daríamos la vida cada una, lo que nos quita el sueño o lo que no nos deja vivir en paz, las fuerzas del mal se disuelven, y reaparece la locura, los sueños, las ganas, la esperanza...

Y también experimento que no sólo la oración personal sino la convocación en torno a la celebración y escucha de la Palabra, la súplica comunitaria o el silencio con el que expresamos que estamos a la **escucha de Otro que está**, nos anima, nos cuestiona, nos reúne y nos identifica. Cuando esta oración se abre aún más y se celebra la fe con otros hermanos y hermanas, sentimos que el corazón se dilata y Dios en medio de nosotros se hace fuerte.

2. No somos jueces de nuestros hermanos/as sino *mistagogos*, es decir, aquel que ayuda a conducir a cada uno desde lo que *todavía no es* hasta lo que *está llamado a ser*. Para ello hay que alcanzar la sexta bienaventuranza: “Felices los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5,8), es decir, verán a Dios incubándose en el corazón de cada persona, como una semilla de plenitud oculta a los ojos ordinarios. Ahora bien, esta capacidad de “ver” es una carga que pocos son capaces de soportar. Es preciso aprender a mirar como Dios nos mira: desde donde llegaremos a ser, y se escandaliza por el pecado del hermano que todos podemos llegar a cometer. Precisamos que otro nos ayude a soportar el propio escándalo ante la miseria que convive con nuestra grandeza y posibilidad de llegar a ser como Dios.

Necesitamos libertad para sostener entre todos la pobreza experimentada día a día, sin que nos derrumbe o nos haga claudicar. Y necesitamos libertad para poner límites a la mentira o a la medias verdades que nos dejan donde estamos.

3. Ofrecernos como mediaciones los unos a otros para acompañar ese paso de las tinieblas a la luz. Desvanecer la oscuridad en el fondo supone transformar la vida atrapada muchas veces en engaños y cegueras que nublan nuestra verdad más honda -estamos hechos para amar, para pasar del yo egoísta y cerrado en sí mismo, a un nosotros inclusivo, allí donde nos encontremos, somos personas creadas para hacer y ser comunión- Comento brevemente tres herramientas para dar algunos pasos: la *palabra*, la *mirada* y la cercanía física.

La *palabra* que debería nacer del Silencio y volver al Silencio. Sabemos que no somos más que puros intermediarios. No se trata de ofrecer palabras precipitadas, sino una palabra afinada y gestada en la paciencia de la acogida y de la oración por el otro. Tampoco se trata de una palabra genérica o anónima, sino que se pronuncia en el momento preciso en que el otro necesita escucharla. A veces es una palabra dulce; otras, puede ser muy enérgica y aparentemente devastadora, para destruir el *ego* de quien lo escucha. Puede ser también una palabra enigmática, para despertar la búsqueda.

La *mirada* silenciosa es la segunda manera de acompañar. Sería deseable que si alguien acude a nuestro encuentro, con dolor o con angustia, cegado o simplemente para charlar o comentar y compartir cualquier asunto, que simplemente por el hecho de encontrarse en nuestra presencia, se calmara su inquietud y recibiera claridad en la mente y en el corazón. Que cada persona se sintiera mirada por nosotros de tal forma que recibiera paz, consuelo, grandeza, dignidad, verdad, confianza, fuerza y deseos de vivir. Esta mirada no se improvisa, también se cultiva. Dios nos regala, sin duda, ese modo de mirar que Él tiene hacia todo lo creado.⁴⁰

Por último, el *contacto físico*, la *cercanía*, la expresión real de una proximidad que nos regenera, nos devuelve calor, energía, bendición, fortaleza, cobijo, nos da alegría,... Necesitamos vivir desde un amor concreto y cotidiano, sencillo y realista, libre de ensueños, que asume que los otros son un don pero también una piedra de toque; un amor que intenta salir del propio interés, festeja y se expresa en múltiples gestos y palabras; convierte el espacio comunitario en “lugar de perdón y fiesta”.

Es bueno recuperar el gusto y el sentido del encuentro entre hermanos o hermanas, No dejemos que se pierda el valor y el sentido de **estar juntos**, para recrearnos, y apoyarnos en este camino valioso pero difícil, aunque lo resituemos dentro de ese otro gran sentido de nuestra vocación que es haber sido convocados para vivir y estar en misión.

Como decía antes, es muy oportuno recuperar el significado que algunos maestros dieron a expresiones como “*amigos en el Señor*”, o “*amigos fuertes de Dios*”, esas redes de personas amigas, contagiadas por una misma pasión, que se sostenían y animaban mutuamente, se decían verdades, se juntaban para *desengañarse*, es decir, para sacar a la luz sus engaños, y se estimulaban a tener grandes deseos, para que también fueran grandes sus obras, y se convirtieran en señales de esperanza para un pueblo, tantas veces dormido o enterrado por la ambición de los poderosos de todos los tiempos⁴¹.

⁴⁰ MELLONI, J., *Itinerario hacia una vida en Dios*, Cristianismo y Justicia, Cuadernos EIDES, nº 30, 2001.

⁴¹ “Gran mal es un alma sola entre tantos peligros. Parece a mí que si yo tuviera con quién tratar todo esto, que me ayudara a no tornar a caer” (V 7,20); “...en estos tiempos que son menester amigos fuertes de Dios para sustentar los flacos” (V 15,5); “Este concierto querría hiciésemos los cinco que al presente nos amamos en Cristo, que como otros en estos tiempos se juntaban en secreto para contra Su Majestad, procurásemos juntarnos alguna vez para desengañar unos a otros, y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más a Dios; que no hay quien tan bien se conozca a sí como conocen los que nos miran, si es con amor y cuidado de aprovecharnos.” (V 16,7).

Podemos generar ambientes o grupos dormidos y enfermos que oscurecen y encierran ese fuego hasta apagarlo, o grupos que refuercen la tensión de la respuesta en radicalidad - “Aquí nos tienes, Señor, queremos hacer tu voluntad” (Sal 40,9; Heb 10,7)- en contextos de reconciliación y ternura.

Conclusión

Termino subrayando algunas frases de la carta apostólica con la que iniciamos este recorrido. Ciertamente lo que el mundo necesita y la nueva evangelización requiere tiene mucho que ver con redescubrir la alegría de creer, volver a encontrar el entusiasmo de comunicar lo que creemos, ser testigos iluminados en la mente y en el corazón por la Palabra, abiertos por entero al DESEO DE DIOS y de la VIDA VERDADERA⁴². En definitiva, hombres y mujeres apasionados por Dios y su Reino.

⁴² *PORTA FIDEI* 7.15: “ «Caritas Christi urget nos» (2 Co 5, 14): es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Hoy como ayer, él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra (cf. Mt 28, 19)...hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe... Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin.”

Comunicación

A la RAI: No difamaciones ni calumnias, sí ética



Papa Francisco

Gentil Señora Presidente,
queridos Ejecutivos y Empleados de la RAI,
¡Doy mi bienvenida a todos ustedes! Gracias por haber venido así en tantos; ¡es una familia numerosa ésta! Y gracias a la Presidenta por sus palabras, que he apreciado mucho.

Este encuentro se introduce en el marco del 90° aniversario del inicio de las transmisiones radiofónicas de la RAI y el 60° de aquellas televisivas; es significativo que estén presentes también los representantes de algunas Redes radio-televisivas públicas, y de las Asociaciones del sector de otros Países. Los dos aniversarios ofrecen la ocasión de reflexionar sobre la relación que ha habido en estas décadas entre la RAI y la Santa Sede, y sobre el valor y las exigencias del servicio público. La palabra-clave que quisiera poner enseguida en evidencia es colaboración. Sea a través de la radio o de la televisión, el pueblo italiano siempre ha podido acceder a las palabras y, sucesivamente, a las imágenes del Papa y a los acontecimientos de la Iglesia, en Italia, a través del servicio público de la RAI. Esta colaboración se realiza con los dos entes vaticanos: la Radio Vaticano y el Centro Televisivo Vaticano.

De este modo la RAI ha ofrecido y ofrece aún hoy a los usuarios de su servicio público la posibilidad de seguir sea los eventos extraordinarios sea aquellos ordinarios. Pensemos al Concilio Vaticano II, a las elecciones de los Pontífices, o al funeral del beato Juan Pablo II; pero también pensemos a los muchos acontecimientos del Jubileo del 2000, a las diversas celebraciones, como también las visitas pastorales del Papa en Italia.

Los años Cincuenta y Sesenta han sido una época de gran desarrollo y crecimiento para la RAI. Es bueno recordar algunos pasos: en aquellas décadas la RAI cubre con sus transmisiones todo el País; además, la empresa de Estado se compromete en la formación de los propios ejecutivos también en el exterior; por último aumenta las producciones, entre las cuales también aquellas de carácter religioso: recordamos, por ejemplo, la película Francesco de Liliana Cavani, en el 1966 y Hechos de los Apóstoles de Roberto Rossellini, en el 1969, esta última con la colaboración del Padre Carlo Maria Martini. La RAI pues, también con muchas otras iniciativas, ha sido testigo de los procesos de cambio de la sociedad italiana en sus rápidas transformaciones, y ha contribuido de modo especial al proceso de unificación lingüístico-cultural de Italia. Por lo tanto, damos gracias al Señor por todo esto y llevamos adelante el estilo de la colaboración. Pero el hacer memoria de un pasado rico en conquistas nos llama a un renovado sentido de responsabilidad para el hoy y para el mañana. El pasado es la raíz, la Historia se convierte en raíz de nuevos impulsos, raíz de los desafíos presentes, y raíz de un futuro: ¡de ir hacia adelante! No que el futuro nos encuentre sin la responsabilidad de nuestra identidad: no. Que nos encuentre con la raíz de nuestra Historia y yendo siempre hacia adelante. A todos ustedes aquí presentes, y a quienes por diferentes motivos no pudieron tomar parte de éste, nuestro encuentro, les recuerdo que su profesión además de informativa, es formativa, es un servicio público, es decir un servicio al bien común. Un servicio a la verdad, un servicio a la bondad, y un servicio a la belleza. Todos los profesionales que forman parte de la RAI, dirigentes, periodistas, artistas, empleados, técnicos y trabajadores calificados saben de pertenecer a una empresa que produce cultura y educación, que ofrece información y espectáculo, alcanzando en cada momento del día una gran parte de italianos. Es una responsabilidad a la cual, quien es titular del servicio público, no puede por ningún motivo abdicar. La calidad ética de la comunicación es fruto, en último análisis, de conciencias atentas, no superficiales, siempre respetuosas de las personas, sea de aquellas que son objeto de información, sea de los destinatarios del mensaje. Cada uno, en su propio rol y con la propia responsabilidad, está llamado a vigilar para tener alto el nivel ético de la comunicación, y evitar las cosas que hacen tanto mal: la desinformación, la difamación y la calumnia. Mantener el nivel ético. A ustedes ejecutivos y dependientes de la RAI, y a sus familias, como incluso a los gentiles huéspedes de este encuentro, va mi más cordial augurio para el año que ha apenas iniciado. Les auguro trabajar bien, y poner confianza y esperanza en su trabajo, para también poderla transmitir: ¡hay mucha necesidad! A la RAI, y a las otras Redes y Asociaciones aquí representadas, dirijo el auspicio que, persiguiendo con determinación y constancia sus finalidades, sepan siempre ponerse al servicio del crecimiento humano, cultural y civil de la sociedad.

Gracias

Comunicación al servicio de una auténtica cultura del encuentro

Mensaje del Papa para la XLVIII Jornada Mundial de las CCSS

Papa Francisco

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy vivimos en un mundo que se va haciendo cada vez más «pequeño»; por lo tanto, parece que debería ser más fácil estar cerca los unos de los otros. El desarrollo de los transportes y de las tecnologías de la comunicación nos acerca, conectándonos mejor, y la globalización nos hace interdependientes. Sin embargo, en la humanidad aún quedan divisiones, a veces muy marcadas. A nivel global vemos la escandalosa distancia entre el lujo de los más ricos y la miseria de los más pobres. A menudo basta caminar por una ciudad para ver el contraste entre la gente que vive en las aceras y la luz resplandeciente de las tiendas. Nos hemos acostumbrado tanto a ello que ya no nos llama la atención. El mundo sufre numerosas formas de exclusión, marginación y pobreza; así como de conflictos en los que se mezclan causas económicas, políticas, ideológicas y también, desgraciadamente, religiosas.

En este mundo, los medios de comunicación pueden ayudar a que nos sintamos más cercanos los unos de los otros, a que percibamos un renovado sentido de unidad de la familia humana que nos impulse a la solidaridad y al compromiso serio por una vida más digna para todos. Comunicar bien nos ayuda a conocernos mejor entre nosotros, a estar más unidos. Los muros que nos dividen solamente se pueden superar si estamos dispuestos a escuchar y a aprender los unos de los otros. Necesitamos resolver las diferencias mediante formas de diálogo que nos permitan crecer en la comprensión y el respeto. La cultura del encuentro requiere que estemos dispuestos no sólo a dar, sino también a recibir de los otros. Los medios de comunicación pueden ayudarnos en esta tarea, especialmente hoy, cuando las redes de la comunicación humana han alcanzado niveles de desarrollo inauditos. En particular, Internet puede ofrecer mayores posibilidades de encuentro y de solidaridad entre todos; y esto es algo bueno, es un don de Dios.

Sin embargo, también existen aspectos problemáticos: la velocidad con la que se suceden las informaciones supera nuestra capacidad de reflexión y de juicio, y no permite una expresión mesurada y correcta de uno mismo. La variedad de las opiniones expresadas puede ser percibida como una riqueza, pero también es posible encerrarse en una esfera hecha de informaciones que sólo correspondan a nuestras expectativas e ideas, o incluso a determinados intereses políticos y económicos. El mundo de la comunicación puede ayudarnos a crecer o, por el contrario, a desorientarnos. El deseo de conexión digital puede terminar por aislarnos de nuestro prójimo, de las personas que tenemos al lado. Sin olvidar que

quienes no acceden a estos medios de comunicación social -por tantos motivos-, corren el riesgo de quedar excluidos.

Estos límites son reales, pero no justifican un rechazo de los medios de comunicación social; más bien nos recuerdan que la comunicación es, en definitiva, una conquista más humana que tecnológica. Entonces, ¿qué es lo que nos ayuda a crecer en humanidad y en comprensión recíproca en el mundo digital? Por ejemplo, tenemos que recuperar un cierto sentido de lentitud y de calma. Esto requiere tiempo y capacidad de guardar silencio para escuchar. Necesitamos ser pacientes si queremos entender a quien es distinto de nosotros: la persona se expresa con plenitud no cuando se ve simplemente tolerada, sino cuando percibe que es verdaderamente acogida. Si tenemos el genuino deseo de escuchar a los otros, entonces aprenderemos a mirar el mundo con ojos distintos y a apreciar la experiencia humana tal y como se manifiesta en las distintas culturas y tradiciones. Pero también sabremos apreciar mejor los grandes valores inspirados desde el cristianismo, por ejemplo, la visión del hombre como persona, el matrimonio y la familia, la distinción entre la esfera religiosa y la esfera política, los principios de solidaridad y subsidiaridad, entre otros.



Entonces, ¿cómo se puede poner la comunicación al servicio de una auténtica cultura del encuentro? Para nosotros, discípulos del Señor, ¿qué significa encontrar una persona según el Evangelio? ¿Es posible, aun a pesar de nuestros límites y pecados, estar verdaderamente cerca los unos de los otros? Estas preguntas se resumen en la que un escriba, es decir un comunicador, le dirigió un día a Jesús: «¿Quién es mi prójimo?» (Lc 10,29). La pregunta nos ayuda a entender la comunicación en términos de proximidad. Podríamos traducirla así: ¿cómo se manifiesta la «proximidad» en el uso de los medios de comunicación y en el nuevo ambiente creado por la tecnología digital? Descubro una respuesta en la parábola del buen samaritano, que es también una parábola del comunicador. En efecto, quien comunica se hace prójimo, cercano. El buen samaritano no sólo se acerca, sino que se hace cargo del hombre medio muerto que encuentra al borde del

camino. Jesús invierte la perspectiva: no se trata de reconocer al otro como mi semejante, sino de ser capaz de hacerme semejante al otro. Comunicar significa, por tanto, tomar conciencia de que somos humanos, hijos de Dios. Me gusta definir este poder de la comunicación como «proximidad».

Cuando la comunicación tiene como objetivo preponderante inducir al consumo o a la manipulación de las personas, nos encontramos ante una agresión violenta como la que sufrió el hombre apaleado por los bandidos y abandonado al borde del camino, como leemos en la parábola. El levita y el sacerdote no ven en él a su prójimo, sino a un extraño de quien es mejor alejarse. En aquel tiempo, lo que les condicionaba eran las leyes de la purificación ritual. Hoy corremos el riesgo de que algunos medios nos condicionen hasta el punto de hacernos ignorar a nuestro prójimo real.

No basta pasar por las «calles» digitales, es decir simplemente estar conectados: es necesario que la conexión vaya acompañada de un verdadero encuentro. No podemos vivir solos, encerrados en nosotros mismos. Necesitamos amar y ser amados. Necesitamos ternura. Las estrategias comunicativas no garantizan la belleza, la bondad y la verdad de la comunicación. El mundo de los medios de comunicación no puede ser ajeno de la preocupación por la humanidad, sino que está llamado a expresar también ternura. La red digital puede ser un lugar rico en humanidad: no una red de cables, sino de personas humanas. La neutralidad de los medios de comunicación es aparente: sólo quien comunica poniéndose en juego a sí mismo puede representar un punto de referencia. El compromiso personal es la raíz misma de la fiabilidad de un comunicador. Precisamente por eso el testimonio cristiano, gracias a la red, puede alcanzar las periferias existenciales.

Lo repito a menudo: entre una Iglesia accidentada por salir a la calle y una Iglesia enferma de autoreferencialidad, prefiero sin duda la primera. Y las calles del mundo son el lugar donde la gente vive, donde es accesible efectiva y afectivamente. Entre estas calles también se encuentran las digitales, pobladas de humanidad, a menudo herida: hombres y mujeres que buscan una salvación o una esperanza. Gracias también a las redes, el mensaje cristiano puede viajar «hasta los confines de la tierra» (*Hch.* 1,8). Abrir las puertas de las iglesias significa abrirlas asimismo en el mundo digital, tanto para que la gente entre, en cualquier condición de vida en la que se encuentre, como para que el Evangelio pueda cruzar el umbral del templo y salir al encuentro de todos.

Estamos llamados a dar testimonio de una Iglesia que sea la casa de todos. ¿Somos capaces de comunicar este rostro de la Iglesia? La comunicación contribuye a dar forma a la vocación misionera de toda la Iglesia; y las redes sociales son hoy uno de los lugares donde vivir esta vocación redescubriendo la belleza de la fe, la belleza del encuentro con Cristo. También en el contexto de la comunicación sirve una Iglesia que logre llevar calor y encender los corazones.

No se ofrece un testimonio cristiano bombardeando mensajes religiosos, sino con la voluntad de donarse a los demás «a través de la disponibilidad para responder pacientemente y con respeto a sus preguntas y sus dudas en el camino de búsqueda de la verdad y del sentido de la existencia humana» (Benedicto XVI, *Mensaje para la XLVII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 2013).

Pensemos en el episodio de los discípulos de Emaús. Es necesario saber entrar en diálogo con los hombres y las mujeres de hoy para entender sus expectativas, sus

dudas, sus esperanzas, y poder ofrecerles el Evangelio, es decir Jesucristo, Dios hecho hombre, muerto y resucitado para liberarnos del pecado y de la muerte. Este desafío requiere profundidad, atención a la vida, sensibilidad espiritual. Dialogar significa estar convencidos de que el otro tiene algo bueno que decir, acoger su punto de vista, sus propuestas. Dialogar no significa renunciar a las propias ideas y tradiciones, sino a la pretensión de que sean únicas y absolutas.

Que la imagen del buen samaritano que venda las heridas del hombre apaleado, versando sobre ellas aceite y vino, nos sirva como guía. Que nuestra comunicación sea aceite perfumado para el dolor y vino bueno para la alegría. Que nuestra luminosidad no provenga de trucos o efectos especiales, sino de acercarnos, con amor y con ternura, a quien encontramos herido en el camino. No tengan miedo de hacerse ciudadanos del mundo digital. El interés y la presencia de la Iglesia en el mundo de la comunicación son importantes para dialogar con el hombre de hoy y llevarlo al encuentro con Cristo: una Iglesia que acompaña en el camino sabe ponerse en camino con todos. En este contexto, la revolución de los medios de comunicación y de la información constituye un desafío grande y apasionante que requiere energías renovadas y una imaginación nueva para transmitir a los demás la belleza de Dios.

Vaticano, 24 de enero de 2014, fiesta de san Francisco de Sales

Pastoral Juvenil

Claves de pastoral juvenil a la luz de la Lumen Fidei⁴³

Jorge Iván Ruiz Cortizo, schp

Podemos encontrar en muchos otros lugares presentaciones y guías de lectura a la primera encíclica del Papa Francisco, 'Lumen fidei'. En RPJ no hemos optado por este tipo de planteamiento, sino que hemos pedido a un 'joven sacerdote' que acompaña grupos de jóvenes que, tras hacer una lectura personal del documento, nos plantee a modo de provocaciones unas pautas para la pastoral con los mismos jóvenes. Como el autor expresa, no se trata de 'aportar novedad a toda costa' cuanto de extraer algunas claves que emanan de la encíclica para nuestra pastoral. Para poder enmarcar bien esta aportación, sería conveniente haber leído la Lumen fidei del Papa Francisco.

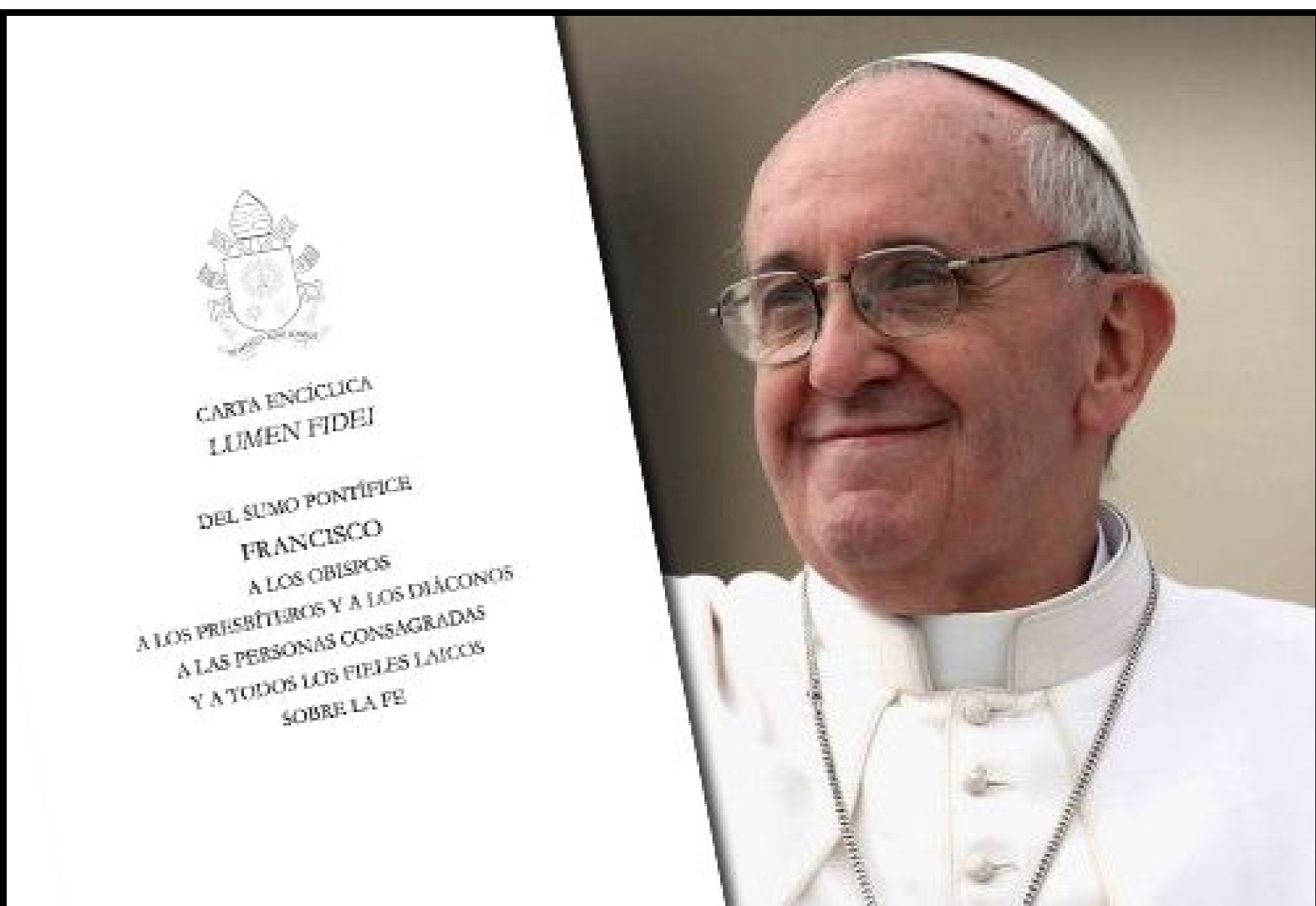
Cuando los que nos dedicamos a la evangelización leemos en una misma frase, pastoral y jóvenes, en seguida, toda nuestra atención se centra en el texto en cuestión siempre con la esperanza de encontrar la fórmula secreta que haga que estos dos términos no resulten contradictorios, como experimentamos en muchas

⁴³ Publicado en *Revista de Pastoral Juvenil*, nº 142, octubre de 2013. 26-31.

ocasiones en nuestra vida cotidiana. Desgraciadamente, al instante, nos embarga un sentimiento frustrante por no encontrar en dicho artículo o escrito la piedra filosofal que convierta el siempre arduo trabajo con jóvenes en una experiencia que nos llene de satisfacción y complacencia por un trabajo bien hecho (aunque dudo mucho de que este sea el objetivo de nuestra tarea entre los jóvenes). Quizá tengamos que olvidarnos de lo que sentimos, esperamos o de los posibles frutos de una pastoral con jóvenes, y poner nuestro interés en el núcleo de nuestra actividad, que no es otro que posibilitar el encuentro del joven con un Dios salvador que ama profundamente a sus creaturas.

Por tanto, avisando de antemano, creo que en estas líneas no encontraremos la solución definitiva a la problemática de la pastoral juvenil. Exclusivamente nos encontraremos planteamientos muchas veces ya manidos, y en muchas ocasiones considerados como pasados de moda, que se pueden derivar de la lectura de la Encíclica del Papa Francisco y que podemos aplicar al trabajo evangelizador con jóvenes.

Puede resultar un elenco un tanto tradicional y anticuado, pero seamos conscientes de que los experimentos que hemos realizado en este campo en las últimas décadas tampoco nos han dado un resultado esperanzador. Muchas de las cosas seguramente ya las sabemos y contamos con ellas, otras quizás, hemos renunciado a ellas por rancias, pero al fin y al cabo son fruto de la invitación que hace el Santo Padre a ser luz de fe para una juventud necesitada de Dios.



1. Una pastoral que ilumine toda la existencia humana

Ya casi al final de este año dedicado a la fe, esta encíclica pone en el núcleo de nuestra reflexión el gran regalo de Dios para la humanidad que no es otro que la fe, una gracia que permite iluminar nuestra realidad y el mundo en que vivimos con reflejos de esperanza y de caridad. Con la analogía de la luz y la oscuridad, y de los distintos soles que han iluminado la historia de la humanidad, el Santo Padre nos propone la fe como aquella luz que ilumina todas las dimensiones humanas y que permiten al hombre iluminar los grandes rincones oscuros que invaden su existencia. Vacíos existenciales que abocan al ser humano a una existencia triste, desorientada, apagada, infértil y que genera el mal y el pecado en el mundo.

Si algo define al joven es el hecho de que es una realidad de horizontes abiertos, en él no hay nada acabado, pero tampoco hay caminos inequívocos que le permitan interpretar su vida, integrar las vivencias que experimenta y comprender la realidad que le rodea. El joven en general, vive en una especie de oscuridad existencial, porque no le es posible iluminar, comprender toda la realidad que experimenta, y busca con intranquilidad la manera de integrar lo que vive, para poder afianzarse y situarse ante un mundo vivencial que le sobrepasa. La pastoral debería aportar al joven una propuesta de vida que le abra horizontes nuevos y que merezca ser vivida. Una pastoral que ensancha la vida, que proponga con esperanza, ilusión y convicción una vida en plenitud que no agota los deseos y necesidades de los jóvenes, sino que responde a la necesidad de un sentido último y definitivo que haga que merezca la pena ser vivida. La fe se convierte en una propuesta seria y expeditiva de forma de vida, no un complemento accidental de la misma. Es una oferta valiosa e irrenunciable de la cual no podemos claudicar, porque con ello le va la vida.

2. Una pastoral que hunde sus raíces en las vivencias personales profundas del joven

Es por ello que una pastoral juvenil debe partir desde lo más profundo de la experiencia humana del joven, de sus vivencias, haciendo un esfuerzo por comprender su situación y siendo conscientes de su realidad particular, y así proponerle una herramienta que puede iluminar de forma extraordinaria toda su existencia, y que puede abrir en el desierto de la vida caminos de plenitud y felicidad. No se puede partir de un prototipo de joven, de una imagen estandarizada de la juventud; la labor pastoral debe partir de la vivencia misma de alguien que necesita en ese mismo momento concreto, en esa misma realidad, una clave que le permita interpretar e iluminar lo que siente y padece. Una pastoral juvenil nace del



encuentro con una persona, con una criatura de Dios, única e irrepetible, con su historia, con sus heridas y sus dones. No valen los procesos catequéticos de respuestas genéricas e impersonales, ya que esto genera en el joven la desconfianza de no sentirse acogido y considerado como privilegiado sujeto del Amor de Dios.

3. Una pastoral basada en la experiencia

Como os habéis dado cuenta, una de las palabras que estamos repitiendo continuamente es el término “experiencia”, porque para el joven el pasado y el futuro quedan relegados a un segundo plano, y lo que prima de forma contundente es el presente, lo que vivo aquí y ahora, lo instantáneo, lo que sucede. Es importante por tanto, ayudarles a tener otros tipos de experiencias en su vida. Guiarles con libertad, pero con contundencia, a optar por experiencias cargadas de sentido que le ofrezcan un nuevo horizonte de realización personal y de comprensión de sí mismos y de la realidad que les rodea.

Necesita sentir en su vida el calor, la cercanía del Dios que le anunciamos. Por tanto necesitan encontrarse con ese Dios Padre que quiere ofrecerle caminos de plenitud: en definitiva, es necesaria una pastoral que posibilite la oración personal, el encuentro sacramental, la vivencia de la caridad, la vivencia de la fraternidad de la comunión, la relación y conocimiento de modelos de vida comprometidos, catequistas comprometidos con su fe y no meros monitores de tiempo libre... No nos engañemos, nuestra pastoral no es un mero entretenimiento para los jóvenes, sino que es la respuesta al anhelo más profundo del ser humano que es el de descansar en Aquel que le ha creado, reconocer e identificar en sí mismo la huella del mismo Dios que actúa en nosotros y con nosotros, y que tiene un proyecto de vida para todo hombre.



Julio Sánchez

4. Una pastoral de encuentro

Debemos por tanto ofrecerles experiencias de fe. El joven tiene que descubrir que Dios es personal, que busca relacionarse con sus criaturas, y que así ha sido a lo largo de la historia. El contacto con la palabra de Dios, y con las experiencias de encuentro que ella contiene, es una manera acertada de hacer ver al joven que Dios nos llama por nuestro nombre y quiere encontrarse con cada uno de nosotros. Toda la historia de salvación, incluido el Antiguo Testamento, está salpicada de encuentros, de experiencias de fe, que nos acercan a la realidad de un Dios concreto y personal.

La escucha de la Palabra de Dios y el trabajo sobre ella, ayudará al joven a identificarse con muchos de esos personajes, y a entender como en esos

momentos concretos de su vida, Dios ha tenido una Palabra de vida que les ha permitido a cada uno de ellos a encontrar un camino de sentido y plenitud. No podemos olvidar en nuestros procesos pastorales la escucha de la experiencia de Abrán, Moisés, las vocaciones de los profetas, o los encuentros de Jesús con Zaqueo, Mateo o el ciego Bartimeo; no debemos olvidar que nuestra pastoral debe ser una pastoral de escucha, para poder identificar la llamada que hace Dios a cada joven. No debemos relegar la lectura, reflexión y meditación de la Palabra de Dios, porque es una palabra de vida y para la vida, y debe convertirse el trabajo con ella en algo imprescindible en nuestros procesos de pastoral.

5. Una pastoral vocacional

El Papa nos invita, en este sentido, a caer en la cuenta de que todos, estamos llamados por Dios, al igual que Abrán, a existir, a una nueva vida, que necesariamente implica abandonar nuestra antigua realidad, bajo el aliciente de una promesa. Es por tanto la pastoral juvenil, pastoral vocacional, que le permita entender al joven que Dios le está llamando a otra existencia, que Dios tiene un plan de salvación y liberación de su oscuridad existencial, con la promesa de una vida auténtica en la que el mismo joven se convierte en protagonista.

Dios llama a librarse de los falsos ídolos (imágenes falsas del ser humano, interpretaciones erróneas de la sociedad y sus valores, la imagen de sí mismo y de las experiencias que vive...) que dan una falsa seguridad al individuo y que le imposibilita reafirmarse a sí mismo y encontrarse consigo mismo, impidiendo el descubrimiento de su propio e inmensurable valor como hijo de Dios. Una pastoral juvenil debe ayudar al joven a identificar en su vida los ídolos, las falsas seguridades, aquello que le aleja de ser él mismo y del proyecto que Dios tiene para él. Debe ayudarlo a identificar la huella de Dios en su vida, los valores, las cualidades, lo mejor de sí, que es la impronta de Dios en nuestra debilidad, pero que permite a cada joven tener cimientos firmes para construirse como persona y como verdadero hijo de Dios. La pastoral juvenil, en definitiva, debe ser un camino, un proceso de acompañamiento, un éxodo en busca de esa tierra sagrada, que es la gran promesa de Dios para la humanidad.

Un proceso de redescubrimiento de la propia vida como lugar de encuentro con Dios, donde la propia vida, la verdadera vida, es la tierra prometida, la gran promesa que inspira a abandonar las falsas expectativas que la sociedad ofrece a nuestros jóvenes. ¿Qué quiere Dios de mí? ¿A qué me está llamando Dios en mi vida? Deberían ser preguntas frecuentes en nuestros procesos pastorales.

6. Una pastoral que posibilite la transformación

La fe nos ayuda a reconocer el amor de Dios manifestado de forma plena y profunda en la muerte de Jesús, es la muestra del amor pleno, un amor sin límites que es capaz de transformar nuestra vida y la realidad que nos rodea. Por eso la fe nos ayuda a confiar en el poder eficaz del amor pleno, entregado, y en la capacidad de este amor sin límites para transformar la realidad, un poder transformativo iluminado en la resurrección de Cristo, ya que en ésta se muestra que nos podemos fiar de forma absoluta en un Dios que quiere salvar a la

humanidad y que es capaz de dar nueva vida e iluminar las tinieblas de la muerte y del mal en el mundo.

El encuentro con el Dios salvífico, experimentar la inmensidad del amor de Dios mostrado en la Pascua de su Hijo, inicia en el joven el reconocimiento del poder eficaz del amor de Dios que es capaz de transformar la historia. Y es por ello, que nuestros procesos pastorales deberían ser procesos objetivos de maduración y transformativos, donde etapa tras etapa, a través de un proyecto personal o compromisos grupales, nuestros chicos fueran capaces de transformar su realidad y construirse como nuevas criaturas de Dios, iluminadas por Aquel de quien nos podemos fiar ya que nunca nos fallará.

Procesos en que cada joven sea capaz de darse cuenta que en su interior es habitado por un Dios que quiere sacar de ellos lo mejor de sí, una existencia auténtica, que surge de saberse hijos amados de Dios, y llamados a vivir dejando a Dios obrar en sus vidas, de tal manera que “no soy yo el que vive, es Cristo quien habita en mí” como reconocería el mismo san Pablo. En definitiva, una pastoral que invita a cada joven a ver en la figura de Cristo el espejo en el que descubre su propia imagen realizada, y que sepa descubrir en su anuncio del Reino de Dios, el plan de Dios para la humanidad, con el cual debe cooperar, transformando el entorno y la sociedad en que vive.

7. Una pastoral eclesial

El joven desde esta perspectiva, debe ser invitado a pasar de afirmar un ‘yo’ a pronunciar un ‘nosotros’, que incluye a todos aquellos que buscan la Verdad. El joven ya no queda reducido a un yo aislado y egolátrico sino que ensancha su dimensión personal al ser habitado por un Otro que ofrece una visión nueva de conjunto. No está solo, le acompaña el cuerpo de Cristo, la Iglesia, que camina siguiendo los pasos del Maestro.



El yo reducido se abre a una nueva perspectiva al sentirse habitado por Otro, y siente al lado suyo otros muchos “yoes” con los cuales puede identificarse en ese camino de descubrimiento. El sentimiento de pertenencia y de identificación con la Iglesia ayuda al joven a comprenderse de diferente manera y entender la riqueza del Evangelio que es capaz de aunar realidades plurales. Es importante alimentar el sentimiento de pertenencia a la Iglesia, ayudar al joven a sentirse parte de ella, a conocerla, valorarla y quererla, pese a los prejuicios sociales, pese a su leyenda negra. Pero sobre todo debemos ayudar al joven en creer en/dentro de ella, porque la Iglesia es la portadora histórica de la visión integral de Cristo sobre el mundo y sobre cada uno de los seres humanos, y en ella encontramos la fiabilidad que tanto reivindica el hombre de hoy.

8. Una pastoral de la Verdad

En un mundo donde cada vez más se defienden los modelos relativos de la verdad y por tanto la ambigüedad, nuestra pastoral debería ser un espacio donde se ofrezca al joven no las diferentes verdades que fragmentan el mundo, sino la Verdad que explica la vida personal y social en su conjunto, evitando así que el joven se deje llevar por la fugacidad del instante que vivimos, ni de un cada vez más acentuado, cerrado y egocéntrico yo, que no es capaz de abrirse al plan de Dios para su vida.

Es necesario una pastoral que permita al joven realizar una lectura creyente de la realidad, reconocer los signos de Dios en las experiencias cotidianas de la vida, identificar la huella del creador en sus historias personales, y ayudarles a entender que la Verdad es la pieza clave para una comprensión unitaria, plena y con sentido de la realidad y de la historia personal de cada uno de ellos. Una pastoral que invite al joven a observar, analizar y juzgar la historia con los ojos comprometidos de un creyente llamado a la construcción del Reino de Dios, una mirada crítica a los valores, vivencias y formas de vida que la cultura actual imponen a través de su medios de propaganda. Una pastoral inequívoca y sin complejos que por intentar incluir a las numerosas realidades ambientales no se disipe en un ente etéreo donde el joven es incapaz de cimentar la construcción de una personalidad fundada en un modelo antropológico cristiano.

9. Una pastoral sacramental

Con la encarnación de su Hijo, Dios toca a la humanidad, se hace presente en medio de ella, sintiéndose afectado por la debilidad humana. Dios se hace hombre para compartir con él toda su totalidad. Y hoy, en la Iglesia, Dios sigue tocando al hombre a través de los sacramentos de su Hijo. El sacramento es el don de sí de Dios en Cristo, es, por tanto, lugar privilegiado de encuentro con un Dios que quiere darse por entero a cada uno de sus hijos.

Si realmente queremos que cada joven se encuentre con Cristo, se vea tocado por él, experimente el amor y la entrega de Dios, es irrenunciable en nuestros procesos pastorales la celebración frecuente (y consciente) de los sacramentos. Ofrecer al joven la oportunidad de sentirse amado y perdonado, de recordar en el memorial eucarístico que Dios entrega a su hijo para la salvación del mundo y ofreciendo una vida nueva en su resurrección, el sentirse llamados desde su nacimiento a transformar toda su existencia en Cristo, o celebrar el amor de Dios por toda la humanidad en la unión matrimonial, es posibilitar que el joven se encuentre con un misterio cercano y asequible. El encuentro sacramental con el Dios encarnado es la experiencia profunda de que ese Dios que se compromete con cada ser humano es la única realidad que es capaz de llenar el vacío existencial que experimenta el joven.

A modo de conclusión

Creo que estos son algunos de los elementos que podemos aplicar a nuestra labor pastoral con nuestros adolescentes y jóvenes, y que de una forma u otra aparecen en la Encíclica *Lumen Fidei*. No me gustaría terminar este artículo, sin antes

recoger de forma textual, las palabras que sobre los jóvenes se recoge en este escrito:

“Sobre todo los jóvenes, que atraviesan una edad tan compleja, rica e importante para la fe, deben sentir la cercanía y la atención de la familia y de la comunidad eclesial en su camino de crecimiento de la fe. Todos hemos visto cómo, en las JMJ, los jóvenes manifiestan la alegría de la fe, el compromiso de vivir una fe cada vez más sólida y generosa. Los jóvenes aspiran a una vida grande. El encuentro con Cristo, el dejarse aferrar y guiar por su amor, amplía el horizonte de la existencia, le da una esperanza sólida que no defrauda. La fe no es un refugio para gente pusilánime, sino que ensancha la vida. Hace descubrir una gran llamada, la vocación al amor, y asegura que este amor es digno de fe, que vale la pena ponerse en sus manos, porque está fundado en la fidelidad de Dios, más fuerte que todas nuestras debilidades”.

La solana

La espiritualidad ordinaria y la "mística" de los ancianos

Urbano Sánchez

Los cristianos que durante las etapas anteriores fueron **creyentes y practicantes**, al final de su vida mantienen con firmeza las relaciones con Dios, aunque no todos con la misma calidad. Unos con una espiritualidad ordinaria -los piadosos-, otros con inquietud misionera, y un tercer grupo que vive la fe con entusiasmo, radicalidad y coherencia: son " **los místicos**". Todos, coherentes, tienen el mismo objetivo en el trato con Dios pero cada grupo con matices diferentes.

1-Los fieles y muy piadosos

He aquí el arco iris de respuestas:

-generosidad y servicio. Con una fe sencilla pero convincente, comprendieron que los fieles y piadosos tienen que servir al prójimo con generosidad y con espíritu humilde.

-practicantes, como siempre. Son los que mantienen desde la juventud la fe y la práctica religiosa, como la misa dominical. Fieles a la doctrina y preceptos de la Iglesia y a las tradiciones religiosas de su parroquia. Y tanto, que si faltan a la Misa dominical, aunque sea por causas razonables, muchos no se atreven a comulgar sin antes confesar.

-un tanto obsesionados. Porque polarizan sus confesiones en los pecados contra "el sexto mandamiento". Algunos, absolutizan de tal manera la castidad que olvidan faltas graves contra la justicia o la caridad. Sus virtudes son fe, esperanza y "castidad", no caridad;

-muy "rezadores". Emplean mucho tiempo en sus oraciones y peticiones personales, con rosarios y novenas, sin que falten las devociones particulares, no siempre según la Iglesia. Las ancianas, más las que los ancianos varones, tienen un plan espiritual con muchas devociones, promesas y súplicas. Su casa, con abundancia de imágenes sagradas y de estampas de santos, parece un convento, pero viviendo solas... Dentro esta categoría colocamos a quienes, sin mucha formación pero con mucho amor, manifiestan que su vida gira en torno al Señor al que tienen "loco" con tantas oraciones y rosarios. Por otra parte, son fieles que aceptan el dolor, la humillación, o una cruz grave exclamado: "más sufrió el Señor por nosotros".

-católicos "papistas" De temperamento exaltado y orgulloso, lanzan críticas fuertes y continuas contra la Iglesia a la que exigen que sea en sus instituciones y doctrina como ellos piensan. También dogmáticos, pero con mentalidad opuesta, algunos progresistas piden libertad en materia del celibato sacerdotal, de sexualidad y de moral matrimonial. Prácticamente para ellos no hay pecados más que los que atentan contra la verdad y la justicia...y según el dictamen de su conciencia.

-los sentimentales. Aquellos que lloran al contemplar las escenas de la pasión del Señor pero sin conversión alguna. Algunos, son fanáticos con los "pasos" de sus cofradías donde vuelcan todos sus sentimientos. A este grupo pertenecen quienes son tan devotos de la Virgen María, la aman tanto, que manifiestan con sinceridad: " que me perdone el Señor, pero amo más a su madre".

-lectores de la Palabra de Dios. Son muy pocos y con escasa formación bíblica, pero centran su fe en la figura de Jesús y en el Reino de Dios. En este grupo se encuentran los de inquietud misionera y los de espiritualidad profunda, "los místicos"

2-Con inquietud apostólica: misioneros en la propia familia

¡Cuántos y cuántos de la tercera y cuarta edad viven angustiados, o, por lo menos, preocupados por la fe de hijos y nietos! Como padres y abuelos lamentan que no son practicantes y que viven sumergidos en la indiferencia religiosa. Es frecuente el remordimiento en tantas personas mayores, confundidas, porque sus hijos y nietos no van a misa, porque alguno de ellos vive en una situación matrimonial irregular: "¿en qué habremos faltado...si les proporcionamos colegios religiosos", si nos acompañaron a misa durante la niñez y adolescencia?

Ante la fe deficiente, muchos abuelos se preocupan de la formación y piedad de los nietos: ¡son los evangelizadores y suplen a los padres y padrinos!

Otra faceta de la inquietud apostólica: el testimonio de tantas mujeres, (esposas, viudas o hijas solteras). Con fe y amor atienden en su casa a un familiar enfermo, al hijo drogadicto, o al esposo imposibilitado. ¡Ellas lograron salir adelante y superar todas las dificultades!

El sacrificio de tantos abuelos que hacen lo imposible para que sus nietos tengan la fe y la práctica religiosa que quizás sus padres olvidaron o perdieron. Siempre se culpan por la situación religiosa de su familia.

No faltan los abuelos radicalizados, católicos a "machamartillo": con su fe tradicional firme, sólida y segura. Siempre, practicantes y apostólicos, y en ocasiones, "más papistas que el Papa": ven errores en cualquier criterio que no coincida con los que ellos recibieron. **Queriendo hacer bien hacen antipática la imagen de la Iglesia y de la misma fe cristiana.** Y así influyen en el alejamiento religioso de sus hijos y nietos mayores. "Mis padres-abuelos son unos fanáticos que no comprenden al mundo de hoy". El diálogo sobre esta materia de fe es tenso, conflictivo. Casi imposible.



3-Los coherentes y "místicos"

Místico en sentido más propio, es todo fiel unido a Dios profunda y permanentemente. Como cristiano, es el seguidor de Cristo que vive la Buena Nueva con ilusión, entusiasmo y coherencia. En sentido menos propio, el figurado: **místico es el cristiano que vive la fe de manera heroica.** No solamente es practicante, piadoso y misionero en casa, sino con una profunda vivencia de la fe que manifiestas de varias maneras:

-se consideran discípulos y seguidores de Jesús. Ellos siguen centrando su vida en los valores y exigencias del seguidor de Jesús y que consiste en valorar, sentir, amar y relacionarse como lo haría Cristo en cada persona, en el aquí y en el ahora.

-dedican mucho tiempo a la oración. No solamente con la participación en la Misa diaria, el rezo del rosario y la lectura de la Palabra de Dios. Además, son fieles a la oración personal que se convierte en contemplación sin importarle el tiempo. ¡Saborean la presencia y la comunicación con el Señor!

-con servicio callado y constante. Tanto en la vida familiar como en otros ambientes ayudando a pobres y visitando a enfermos. Su tiempo y su dinero es para los necesitados. Y todo a la sombra, sin reconocimientos ni premios.

-heroísmo apoyado en la fe. Es de admirar y por muchos años:

-la paciencia en una grave enfermedad con dolores "insoportables";

-los sacrificios cuidando enfermos en casa;

-el paciente aguante "del machismo o del matriarcado";

-la acogida de hijos separados o drogadictos;

-la presencia antipática de un "familiar" que no es hijo ni nieto;

-la renuncia a la profesión por cuidar a los hijos;

-la vida pobre por la conducta inmoral de otros;

-la amante en la vida de la pareja.

-la generosidad de quienes abrieron la puerta a la vida con muchos hijos;

-la soledad y pobreza de los padres que todo lo sufren por no molestar a los hijos

En todos los casos existe un denominador común: "si no fuera por Dios esto no hay quien lo aguante". "Por la fuerza de la fe llevo con paciencia estas contrariedades"

El anaquel

Evangelio de Jesucristo según san Mateo⁴⁴ (III)

Claude Tassin

Prólogo 2: Juan Bautista y Jesús (Mt 3,1-4,16)

Mateo ha iniciado su evangelio con un relato de la infancia de Jesús que sitúa los orígenes de Cristo en el Antiguo Testamento y las leyendas del judaísmo, pero que anuncia también la cruz y la fe de los paganos. Ahora, en esta segunda tabla del prólogo, pone en escena a Juan Bautista y a Jesús. La escena del bautismo viene precedida por una mención de la misión del Bautista y seguida por el relato de las «tentaciones», en el que la prueba trata sobre la identidad y la misión de Cristo⁴⁵.

I - El anuncio del Bautista (Mt 3,1-12)

En el encuentro de Juan Bautista y Jesús, Mateo manifiesta a la vez una continuidad en la historia de la salvación (los dos personajes proclaman el mismo mensaje sobre el Reino: compárese Mt 3,2 y 4,17) y una ruptura, el primero al poner el acento en el inminente juicio, el segundo al insistir en los signos benéficos del Reino (11,4-5).

⁴⁴ Cf. C. Tassin (2006). *Evangelio de Jesucristo según san Mateo*. Verbo Divino, Estella

⁴⁵ Para leer:

- Charles PERROT, *Jesús y la historia*. Madrid, Cristiandad, 1982, cap. 3: «Jesús y el movimiento bautista», pp. 80-110 (para profundizar sobre el lugar de Jesús en el bautismo de su tiempo).
- Bernard REY, *Les tentations et le chole de Jésus*. Ille la Bible 72. París, Cerf, 1986 (para resituar las tentaciones de Jesús en el conjunto de los testimonios evangélicos).

Lectura de conjunto. El retrato del Bautista se despliega en tres partes:

- primeramente, un *carne de identidad* del personaje (vv. 1-4): su mensaje (el anuncio del Reino de los cielos, vv. 12), su arraigo en la Biblia (v. 3) y su modo de vida (v. 4);
- después, un *resumen de su actividad* (vv. 5-7), a saber, el rito del bautismo y sus destinatarios. Al reunir a fariseos y saduceos (v. 7), los dos partidos opuestos más influyentes, Mateo hace referencia a la totalidad del pueblo judío, que acude a Juan;
- finalmente, dado que el rito bautismal no es un pasaporte para la salvación, la tercera parte presenta la *catequesis* del Bautista, una severa exhortación (vv. 7-12) que versa sobre la inminencia del juicio de Dios y se subdivide en dos periodos, acabando cada uno de los cuales con una mención del «fuego» (vv. 10 Y 12). El primero (vv. 7-10) desestima la identidad judía de los «hijos de Abrahán» como salvoconducto frente al juicio. El segundo (vv. 11-12) subraya el papel de Jesús («el que viene detrás de mí») en la ejecución de este juicio divino.

Los *lugares* tienen su importancia. Mientras que Jesús vendrá de Galilea hacia Juan (v. 13), este último ejerce su ministerio en el desierto de Judea (v. 1). Él es la voz que, según el profeta (Is 40,3 = v. 3), anuncia un nuevo Éxodo a través del desierto. Desde este punto de vista, el Jordán tiene un sentido simbólico, ya que el paso de este río había señalado la entrada en la Tierra prometida (cf. Jos 2,14-17). Sin embargo, a diferencia de los esenios de Qumrán (cf. recuadro), el Bautista no propone un éxodo geográfico, sino el camino de una conversión que se concreta en el rito del bautismo.

Al hilo del texto.

1. La invitación a convertirse (v. 2) tiene una razón, literalmente: «Está llegando el Reino de los Cielos». La palabra «Cielos» no indica un lugar. Es una respetuosa manera Judía de designar a DIOS. La forma griega del verbo indica una situación límite. Así, Dios ha decidido tomar la historia en sus manos. *Va a reinar y, como lo revelarán las bienaventuranzas, este reino se ejercerá a favor de los «pobres de espíritu»* (Mt 5,3). Para que esta «llegada » se haga realidad es preciso «convertirse».

2. La vestidura del Bautista (v. 4) recuerda los vestidos de los profetas (según Zac 13,4), y más particularmente el de Elías (2 Re 1,8). Según la tradición Judía antigua, Elías volverá a preparar el día del Señor (cf Mt 3,23). Los líderes bautistas apelan a los antiguos profetas, y los adeptos de Juan veían en él al nuevo Elías (cf. Mt 17,10-13). El alimento del personaje, saltamontes tostados y miel silvestre, también refleja los ambientes bautistas, que se exiliaban de una civilización considerada pecadora.

3. Cuando Mateo escribe, los bautistas existen todavía, y les dirige una doble crítica. En primer lugar, y en contra de sus paralelos (Mc 1,4, Lc 3,3), no dice que el bautismo de Juan aporte la «remisión de los pecados». Para él, sólo la sangre de Cristo trae el perdón (cf. Mt 26,28). A continuación se dirige a aquellos que veían en este bautismo un medio mágico para escapar del «juicio inminente » (v. 7).

4. La primera arenga del Bautista (vv. 8-10) comienza y concluye con la expresión: «Dad [buenos] frutos». Para el judío antiguo y para Mateo, la verdadera religión no consiste en confesar cosas justas sobre el verdadero Dios, sino en *hacer* lo que él espera de los hombres. Quien hace la voluntad de Dios, ése es el verdadero «hijo de Abrahán ». Este cuestionamiento de una elección que salvaría automáticamente es la de los ambientes

bautistas, a los que los primeros cristianos deberán en parte el alcance universal del Evangelio.

5. Por último (w. 11-12), Juan sitúa su misión en relación con «aquel que viene detrás de mí» (es decir, un discípulo) y que en realidad es más «Fuerte» (título casi divino). Su acción será radical, en un juicio mediante el «fuego» que purifica y mediante el Espíritu «Santo», la santidad de Dios que exige la santidad del hombre.

Ya se trate del bautismo de Juan o del bautismo cristiano, el rito no opera sin una conversión de la conducta (dar frutos). Fundamentalmente, la inmersión bautismal implica la idea de un juicio, el derecho de Dios de juzgar según sus propios criterios, y no a partir de una pretensión identitaria de ser «hijos de Abrahán».

II El bautismo de Jesús (Mt 3,13-17)

Los primeros cristianos, que conocían en su vecindad a bautistas, debían resolver un problema: Jesús, al hacerse bautizar, ¿no reconoce su subordinación respecto a Juan Bautista? Cada evangelista, entre ellos Mateo, ha aportado su iluminación a este inquietante acontecimiento, insistiendo en la intervención del Cielo en favor de Jesús.

Lectura de conjunto. Introducción (v. 13). Jesús niño había llegado a Nazaret, a Galilea (Mt 2,22-23). Mateo le reintroduce y le atribuye un proyecto firme: acude a Juan «para ser bautizado por él». El pasaje se divide en dos partes.

La primera (w. 14-15) es propia de nuestro evangelista. Se trata de un *debate* entre Jesús y el Bautista, rechazando este último bautizar al que llega a él y confesando su sumisión: «Soy yo el que necesito que tú me bautices», e insistiendo Jesús a partir de la noción de justicia.

La segunda parte (w. 16-17) se une a los demás evangelios presentando una *teofanía*, una manifestación divina concedida a Jesús. El bautismo es objeto de una sobria mención: «Nada más ser bautizado, Jesús salió del agua». Entonces se produce la apertura de los cielos, la aparición del Espíritu y la voz del Padre.

A lo largo del texto.

1. A la luz del discurso precedente (3,11) se comprende que el Bautista confiesa su sumisión a Jesús (v. 14). La respuesta de este último es menos clara, comenzando por el curioso verbo que la enmarca (v. 15): «Deja eso ahora» / «entonces Juan accedió». La razón se enuncia así: «Conviene que cumplamos toda justicia». A Juan para que bautice a Jesús, a Jesús para que reciba este bautismo: ésta es la «justicia».

Esta palabra, en sentido religioso judío, designa un «actuar justamente», conforme a lo que Dios quiere, una obediencia que confía. Jesús dirá que el Bautista vino «a mostraros el camino de la justicia» (Mt 21,32), proponiendo una vía de conversión para llegar a ser justo ante los ojos de Dios. Así, «ahora», antes de que Jesús manifieste sus signos, es conforme al querer de Dios que Jesús muestre su solidaridad con los que, a la llamada de Juan (3,2), se conviertan para que venga el Reino de Dios. Es *justo* que los bautistas reconozcan a un Mesías humilde, hermano de los pecadores.

«Entonces, le dejó»: la fórmula encontrará su eco en la conclusión de las tentaciones: «Entonces el diablo le dejó» (Mt 4,11). Sin saberlo, el Bautista habrá desempeñado un papel de tentador: por el contrario, Jesús rechaza sustraerse a la solidaridad, significada por el bautismo, con la humanidad pecadora.

2. Mediante este debate, Mateo ilumina con nuevos datos la *teofanía* que sigue al bautismo (vv. 16-17). Ésta adquiere ahora valor de consentimiento del Padre a la actitud de la *justa* sumisión adoptada por Jesús. Se trata de una escena sin testigos. Jesús es quien ve al Espíritu («vio»); al mismo tiempo, el evangelista procede a una designación: «Éste es mi Hijo...». Esta designación apunta directamente al lector. Antes de describir la misión de Jesús, el evangelista le proporciona las claves a través de un guión teofánico:

a) «Se abrieron los cielos», haciendo posible de nuevo el contacto entre el mundo celestial y el de los seres humanos, y revelando los proyectos de Dios.

b) La «paloma» sigue siendo enigmática. ¿Es su movimiento el que adquiere sentido, como el Espíritu planeando o revoloteando sobre las aguas de la creación (Gn 1,2)? En este caso, en el «libro de la *génesis* de Jesucristo» (Mt 1,1), el bautismo de Jesús abre un mundo nuevo. Pensemos también en esta evocación del paso del mar Rojo: «El Espíritu descendió del Señor y los condujo» (Is 63,14). Así, el paso por las aguas del bautismo inaugura un nuevo Éxodo, ya que Jesús será «conducido al desierto por el Espíritu» (Mt 4,1), Y allí vencerá las tentaciones con que se encontrará el pueblo de Dios.

c) La «voz del cielo» ofrece también un «juego de Escritura» al condensar varios pasajes bíblicos. Al Mesías Rey, Dios le decía: «Tú eres mi hijo» (Sal 2,7). El adjetivo «amado», que corresponde a la palabra «único», recuerda a Isaac en el episodio del sacrificio (Gn 22,2.12.16). Por tanto, al Mesías glorioso se le añade la sombra del sacrificio de la cruz. Recordamos también al Israel del desierto, sobre el que planea el águila divina y que es llamado «amado» (Dt 32,11.15). Finalmente, aquel en quien Dios «se complace» recuerda al Siervo profeta (Is 42,1), sobre quien descansa el Espíritu.

Esta puesta en escena teofánica muestra, por tanto, un carné de identidad de Jesús, un retrato del que conviene subrayar la dimensión colectiva: como jefe de fila de los hijos de Dios, Jesús va a pasar por el desierto y abrir un nuevo Éxodo para los hijos amados; es él quien llevará a cabo las promesas de Dios.

III Las tentaciones de Jesús (Mt 4,1-11)

En la tradición evangélica, las tentaciones de Jesús siguen a la revelación del bautismo y presentan una primera respuesta al mensaje del Bautista.

«Éste es mi Hijo», decía la voz del Cielo. Sobre este punto es sobre el que ataca el diablo: «Si eres Hijo de Dios...» (Mt 4,3.6). Este apelativo «hijo de Dios», comente en el Judaísmo antiguo, no designa solamente al rey Mesías, sino a todo miembro del pueblo de Dios. Al rechazar al diablo, Jesús alienta a los hijos de Dios en su lucha contra las tentaciones fundamentales de la vida cristiana.

Lectura de conjunto. En la introducción (vv. 1-2), el Espíritu conduce a Jesús al desierto. Por tanto, Dios quiere que su hijo conozca las tentaciones típicas de Israel durante el éxodo y que triunfe sobre ellas. Los cuarenta días de ayuno recuerdan los cuarenta años del desierto.

El detonante de la tentación es el hambre, un motivo fundamental en la experiencia de Israel. DIOS «te ha hecho sentir hambre» (Dt 8,3). Este símbolo, deseo de satisfacción, es patente. De ahí las tres tentaciones fundamentales: el hambre del poder *económico* (vv 3-4), del poder *religioso* (vv. 5-7) Y del poder *político* (vv. 8-10).

Como conclusión (v. 11), el diablo, vencido, abandona la escena y es reemplazado por los ángeles, que vienen para alimentar a Jesús y, a modo de recompensa, dan testimonio con ello del orgullo de Dios con respecto a su Hijo.

¿Fue Jesús tentado? ¡Sí! A lo largo de su Vida, a veces por sus amigos. A la expresión «apártate Satanás» (v. 10) le corresponde el apóstrofe lanzado a Pedro al rechazar la cruz: «Ponte detrás de mí, Satanás» (16,23). Jesús rechaza el poder económico, escapándose después de la multiplicación de los panes (14,22). Renunció al poder religioso aceptando su pasión. En cuanto al poder político, la discusión con los hijos de Zebedeo (20,20-23) es reveladora.

Al hilo del texto. Entendamos el estatuto del texto, una escena sin testigos, construida por la tradición evangélica para resumir las elecciones que Jesús tuvo que llevar a cabo a lo largo de su misión. Distingamos dos niveles.

1. En el nivel de la *tradición evangélica* recogida por Mateo, se trata de una justa oratoria entre Jesús y Satanás, es decir, dos maneras de leer la Escritura. El Mesías puede transformar las piedras en panes, dice el tentador. Sin duda, responde Jesús, pero, según la Biblia, el alimento esencial es la palabra de Dios (v. 4 = Dt 8,3). Hablando de la Biblia, replica el diablo: haz un prodigio religioso arrojándote desde lo alto del Templo. Los ángeles vendrán en tu auxilio, según el Sal 91 (90) No, dice Jesús, a partir de otro texto (Dt 6,16): nadie pondrá a prueba a Dios con pretensiones desmesuradas. La tercera tentación, de naturaleza política, es más feroz. Decía Dios a su Mesías: «Pide, y te daré las naciones» (Sal 2). Aquí el diablo pretende detentar un poder universal: «Todo esto te daré». Y Jesús remitir a Dios, el único Señor, ante el cual debe inclinarse.

2. Al recibir esta tradición, Mateo piensa en *su propia Iglesia*, en particular en dudosos ministros que hacen pesar sobre los creyentes su ambición económica (cf. Mt 7,15; 10,8-9), religiosa (7,22) y política (20,21).

Carta al papa Francisco

P. José Antonio Pagola, sacerdote y teólogo

Querido hermano Francisco:

Desde que fuiste elegido para ser la humilde “Roca” sobre la que Jesús quiere seguir construyendo hoy su Iglesia, he seguido con atención tus palabras. Ahora, acabo de llegar de Roma, donde te he podido ver abrazando a los niños, bendiciendo a enfermos y desvalidos y saludando a la muchedumbre.

Dicen que eres cercano, sencillo, humilde, simpático... y no sé cuántas cosas más. Pienso que hay en ti algo más, mucho más. Pude ver la Plaza de San Pedro y la Via della Conciliazione llena de gentes entusiasmadas. No creo que esa muchedumbre se sienta atraída solo por tu sencillez y simpatía. En pocos meses te has convertido en una “buena noticia” para la Iglesia e, incluso, más allá de la Iglesia. ¿Por qué?

Casi sin darnos cuenta, estás introduciendo en el mundo la Buena Noticia de Jesús. Estás creando en la Iglesia un clima nuevo, más evangélico y más humano. Nos estás aportando el Espíritu de Cristo. Personas alejadas de la fe cristiana me dicen que les ayudas a confiar más en la vida y en la bondad del ser humano. Algunos que viven sin caminos hacia Dios me confiesan que se ha despertado en su interior una pequeña luz que les invita a revisar su actitud ante el Misterio último de la existencia.

Yo sé que en la Iglesia necesitamos reformas muy profundas para corregir desviaciones alimentadas durante muchos siglos, pero estos últimos años ha ido creciendo en mí una convicción. Para que esas reformas se puedan llevar a cabo, necesitamos previamente una conversión a un nivel más profundo y radical. **Necesitamos, sencillamente, volver a Jesús, enraizar nuestro cristianismo con más verdad y más fidelidad en su persona, su mensaje y su proyecto del Reino de Dios.** Por eso, quiero expresarte qué es lo que más me atrae de tu servicio como Obispo de Roma en estos inicios de tu tarea.

Yo te agradezco que abrases a los niños y los estreches contra tu pecho. Nos estás ayudando a recuperar aquel gesto profético de Jesús, tan olvidado en la Iglesia, pero tan importante para entender lo que esperaba de sus seguidores. Según el relato evangélico, Jesús llamó a los Doce, puso a un

niño en medio de ellos, lo estrechó entre sus brazos y les dijo: “El que acoge a un niño como este en mi nombre, me está acogiendo a mí”.

Se nos había olvidado que en el centro de la Iglesia, atrayendo la atención de todos, han de estar siempre los pequeños, los más frágiles y vulnerables. Es importante que estés entre nosotros como “Roca” sobre la que Jesús construye su Iglesia, pero es tan importante o más que estés en medio de nosotros abrazando a los pequeños y bendiciendo a los enfermos y desvalidos, para recordarnos cómo acoger a Jesús. Este gesto profético me parece decisivo en estos momentos en que el mundo corre el riesgo de deshumanizarse desentendiéndose de los últimos.

Yo te agradezco que nos llames de forma tan reiterada a salir de la Iglesia para entrar en la vida donde la gente sufre y goza, lucha y trabaja: ese mundo donde Dios quiere construir una convivencia más humana, justa y solidaria. Creo que la herejía más grave y sutil que ha penetrado en el cristianismo es haber hecho de la Iglesia el centro de todo, desplazando del horizonte el proyecto del Reino de Dios.

Juan Pablo II nos recordó que la Iglesia no es el fin de sí misma, sino solamente “germen, signo e instrumento del Reino de Dios”, pero sus palabras se perdieron entre otros muchos discursos. Ahora se despierta en mí una alegría grande cuando nos llamas a salir de la “auto referencialidad” para caminar hacia las “periferias existenciales”, donde nos encontramos con los pobres, las víctimas, los enfermos, los desgraciados...

Disfruto subrayando tus palabras: “Hemos de construir puentes, no muros para defender la fe”; necesitamos “una Iglesia de puertas abiertas, no de controladores de la fe”; “la Iglesia no crece con el proselitismo, sino por la atracción, el testimonio y la predicación”. Me parece escuchar la voz de Jesús que, desde el Vaticano, nos urge: “Id y anunciar que el Reino de Dios está cerca”, “id y curad a los enfermos”, “lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis”.

Te agradezco también tus llamadas constantes a convertirnos al Evangelio. Qué bien conoces a la Iglesia. Me sorprende tu libertad para poner nombre a nuestros pecados. No lo haces con lenguaje de moralista, sino con fuerza evangélica: las envidias, el afán de hacer carrera y el deseo de dinero; “la desinformación, la difamación y la calumnia”; la arrogancia y la hipocresía clerical; la “mundanidad espiritual” y la “burguesía del espíritu”; los “cristianos de salón”, los “creyentes de museo”, los cristianos con “cara de funeral”. Te preocupa mucho “una sal sin sabor”, “una sal que no sabe a nada”, y nos llamas a ser discípulos que aprenden a vivir con el estilo de Jesús.

No nos llamas solo a una conversión individual. Nos urges a una renovación eclesial, estructural. No estamos acostumbrados a escuchar ese lenguaje. Sordos a la llamada renovadora del Vaticano II, se nos ha olvidado que Jesús invitaba a sus seguidores a “poner el vino nuevo en odres nuevos”. Por eso, me llena de esperanza tu homilía de la fiesta de Pentecostés: “La novedad nos da siempre un poco de miedo, porque nos sentimos más seguros si tenemos todo bajo control, si somos nosotros los que construimos,

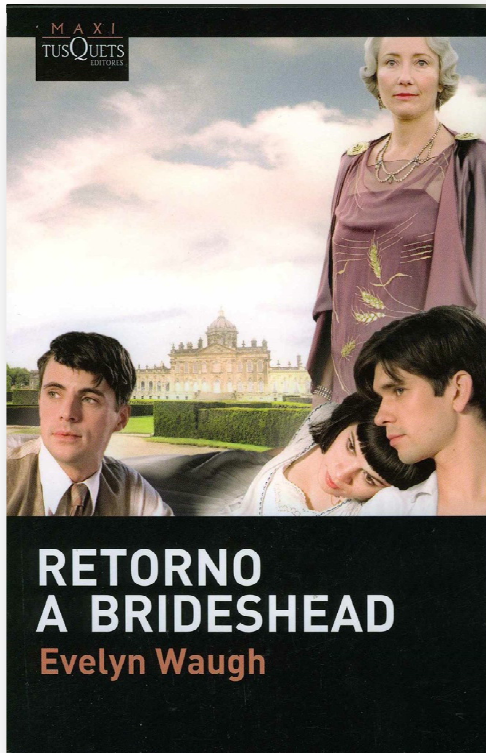
programamos y planificamos nuestra vida, según nuestros esquemas, seguridades y gustos... Tenemos miedo a que Dios nos lleve por caminos nuevos, nos saque de nuestros horizontes, con frecuencia limitados, cerrados, egoístas, para abrirnos a los suyos”.

Por eso nos pides que nos preguntemos sinceramente: “¿Estamos abiertos a las sorpresas de Dios o nos encerramos con miedo a la novedad del Espíritu Santo? ¿Estamos decididos a recorrer los caminos nuevos que la novedad de Dios nos presenta o nos atrincheramos en estructuras caducas, que han perdido la capacidad de respuesta?”. Tu mensaje y tu espíritu están anunciando un futuro nuevo para la Iglesia.

Quiero acabar estas líneas **expresándote humildemente un deseo.** Tal vez no podrás hacer grandes reformas, pero **puedes impulsar la renovación evangélica en toda la Iglesia.** Seguramente, puedes tomar las medidas oportunas para que los futuros obispos de las diócesis del mundo entero tengan un perfil y un estilo pastoral capaz de promover esa conversión a Jesús que tú tratas de alentar desde Roma.

Francisco, eres un regalo de Dios. ¡Gracias!

Recensión



Ildelfonso García Nebreda

WAUGH, Evelin

RETORNO a BRIDESHEAD

Barcelona, Tusquets Editores, 2010 (6ª edic.)

Colecc. Fábula Tusquets, nº 5, 410 pp.

Título Orig.: Brideshead Revisited

Traducc.: Caroline Phipps

El autor: Evelin Waugh nació en Londres en 1903. Murió en Somerset en 1966. Estudió en Oxford donde se graduó en Historia Moderna. Es autor de novelas, relatos de viajes y biografías. Ya con la publicación de su primera obra alcanzó fama y notoriedad de gran literato. Se convirtió al catolicismo, en medio de grandes polémicas, y fue oficial del ejército inglés durante la II Guerra Mundial. Publicó *Retorno a Brideshead* al acabar la guerra, en 1945. No es, pues, nueva pero sí una buena novela. Avalan esta afirmación las continuas ediciones que ha merecido en todo el mundo. Sólo aquí, en España, desde 1987 a 2010, ha tenido no menos de trece ediciones.,

Argumento: Charles Ryder estudiante en la Universidad de Oxford conoce casualmente a Sebastian Flite, de familia aristocrática y católica, lo que le llevará a frecuentar la casa señorial de éste, a conocer al resto de la familia y, con los años, a convertirse él mismo al catolicismo. Durante la II Segunda Guerra Mundial, el destacamento de Charles es destinado a Brideshead. El palacio, convertido ahora en cuartel, mantiene la apariencia exterior de antaño, pero el interior muestra el aspecto desolado del abandono. En los pisos altos viven todavía algunos viejos criados de los antiguos señores y un anciano sacerdote. Sólo permanece intacta la hermosa capilla, que el mismo Charles

decoró. En ella, junto al sagrario, sigue encendida una luz. Los recuerdos de Charles Ryder constituyen el argumento de la novela

La novela: La crítica inglesa sitúa *Retorno a Brideshead* entre las grandes novelas del siglo XX. La revista **Time** la calificó entre las 100 mejores novelas escritas en inglés. Sobre ella, años ha, se hizo una magnífica serie televisiva que obtuvo enorme éxito en Inglaterra, en el resto de Europa e, incluso, en Norteamérica. En cambio, la película que se hizo sobre esta obra no llegó, o no se quiso llegar, a captar el mensaje que Evelin Waugh quería dejar en ella.

El autor hace una excelente descripción y retrato de la Inglaterra de entreguerras, especialmente de la clase aristocrática; los personajes están bien dibujados, tienen toda personalidad propia: Sebastian, sus hermanos, sus padres, Lady y Lord Marchmain, y, de igual modo, los que progresivamente van entrando en las vidas de éstos.

En el **Prefacio**, página once, dice el autor: *“El tema (es) la influencia de la gracia divina en un grupo de personajes muy diferentes entre sí aunque estrechamente relacionados”*. No es fácil detectar esta intención del autor sin una lectura detenida. El interés de la trama llega a ocultar el sutil hilo conductor que va llevando a los personajes -a pesar de sus desvíos- hasta recuperar la fe inicial, abandonada tiempo atrás, o a sentirla como *una gracia interior, natural e inmerecida*.

La inspiración de Waugh: La escritora **Paula Byrne** asegura que **Evelin Waugh** se inspiró en su propia experiencia en la casa señorial de los condes de Beauchamp. El segundo hijo de éstos conoció a Waugh en Oxford participando con él en las fiestas y juergas estudiantiles. Su amigo, Hugh Lygon, le inspiraría el personaje de Sebastian y él se encarnaría en el oficial, Charles Ryder, que cuenta la historia. El propio Conde de Beauchamp vivía autoexiliado en Italia, como el padre de Sebastian. En general, la crítica coincide en señalar el carácter autobiográfico de la novela.



Bicentenario de Don Bosco -espiritualidad-

Espiritualidad de Don Bosco⁴⁶

Consideraciones en torno a su sensibilidad espiritual
y claves de interpretación para acercar sus enseñanzas

D. Aldo Giraudó sdb

Don Bosco es un escritor muy prolífico. Aunque no es considerado un “autor espiritual”, en el sentido específico del término. Entre la gran cantidad y variedad de sus obras y de sus escritos no encontramos textos análogos a los testimonios autobiográficos de Santa Teresa de Ávila, de San Juan de la Cruz o de Teresa de Lisieux. Tampoco él ha compuesto tratados o manuales de vida espiritual similares a los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola, al “Combate Espiritual” de Lorenzo Scupoli, o la Introducción a la vida devota de San Francisco de Sales o al Ejercicio de perfección y virtud cristianas de Alonso Rodríguez o las obratas ascéticas de San Alfonso María de Liguorio. Pero también de muy cierto que don Bosco, educador cristiano de la juventud, fundador de familias de consagrados y consagradas, fue un hombre de una profunda vida interior y una verdadera guía espiritual. Lo reconocen aquellos por él formados. Lo demuestra el vasto vivaz florecimiento de santidad salesiana en el tiempo.

En verdad él nos ha dejado un testimonio abundante de sus enseñanzas espirituales esparcidas en numerosos escritos y documentada en las memorias recogidas por sus discípulos. Por este motivo puede ser considerado un “maestro de vida espiritual” en el sentido específico de la palabra: por la fecundísima acción de formador de santos, como director espiritual de comunidades e individuos, como fundador de

⁴⁶ Ponencia pronunciada en las Jornadas de Espiritualidad de la Familia Salesiana, en Roma en enero de 2014.

congregaciones, como iniciador de un movimiento histórico que tiene rasgos inconfundibles, que se configuran como una fecunda escuela e santidad cristiana¹.

Por tanto, me parece oportuno ofrece algunas consideraciones y seis claves de interpretación que pueda. Ayudar a comprender la espiritualidad de don Bosco, y en particular, a leer fructíferamente la antología de textos disponibles para este tercer año de preparación al Bicentenario del nacimiento de nuestro Padre.

Consideraciones sobre la especificidad espiritual de don Bosco

1. En el ámbito de la historia de la espiritualidad, si comparamos los rasgos que definen su magisterio y su praxis con aquellos de otras escuelas espirituales, descubrimos indudables sintonías con las enseñanzas de San Francisco de Sales, encontramos también sustanciales elementos asimilados a través de la escuela de San José Cafasso, de la moral y ascética de San Alfonso María Liguori, de la espiritualidad clásica, de la literatura jesuítica. En su apostolado, y especialmente en la luminosa y familiar caridad hacia los jóvenes, se entrevén muchos puntos del contacto con San Felipe Neri y otros santos educadores de la Reforma Católica.

Aún así don Bosco permanece inconfundible. Es verdad que, a través de la introducción a la vida devota y a los Tratados Espirituales, Francisco de Sales le transmite, reelaborada, la sustancia de la espiritualidad italiana del Humanismo devoto, que enfatiza la belleza de la piedad, que surge del gozo espiritual; mantiene el equilibrio entre voluntad humana y gracia; ama simplificar las prácticas para ponerlas al alcance de las personas más comunes. La escuela espiritual italiana entre 1500 y 1600 tiene también un planteamiento combativo, que deriva de la conciencia de la presencia en el corazón del hombre de una “doble ley”, por lo que anima a la “lucha espiritual”, al ejercicio de la mortificación de los sentidos, de la oración y de la práctica sacramental, pero con una perspectiva de crecimiento virtuoso y gozoso (no en el sentido medieval del *contemptus mundi*). Como Francisco de Sales, don Bosco mira con optimismo esta lucha con la certeza de la victoria, por su fe en el poder de la gracia santificadora, por la eficacia de la sangre de Cristo que fecunda el esfuerzo humano y hace posibles caminos de santidad a todos, también a los pequeños, a los jóvenes, a los últimos.

Es este uno de sus rasgos espirituales característicos: a la vida virtuosa y a la santidad son llamados también los jóvenes, los adolescentes. En consideración a la estructura psicológica de estos, él tiene en cuenta las pequeñas cosas, confiere mayor importancia a la mortificación interior que a aquellas corporal; insiste en la alegría del corazón y en la afectividad en la piedad; insiste en la unificación de una vida de oración y de acción; educa en el espíritu de adaptación y conciliación, sin renunciar nunca a la totalidad de su don a Dios. Sobretudo abre horizontes de sentido, terrenos y metafísicos, fascinantes y estimulantes.

2. En don Bosco el “darse a Dios”, sugerido con insistencia a los jóvenes, no coincide simplemente con la tradicional llamada a la conversión de los predicadores de su tiempo (“Aquel que retrasa su conversión corre el gran peligro que le falte el tiempo, la gracia o la voluntad” y se arriesga a la

condenación eterna: lo había escuchado de joven en Buttigliera). A pesar de las preferencias de su tiempo, en él la exhortación adquiere un tono luminoso: es invitación a abrirse con generosidad a la primacía del amor divino, a ofrecer la propia vida a Dios sin condiciones y con un arrebatado amoroso, superando cualquier apego y repliegue, cruzando el umbral de los pequeños horizontes e intereses. Se trata sustancialmente de ayudar a cada uno a apropiarse, de manera plena y definitiva, de las promesas bautismales, de actualizarlas, es decir, a realizar el bautismo en la propia condición del joven o del adolescente como estilo de vida, en una secuela enamorada, incondicional y entusiasta de Cristo; a poner alegre y operativamente a Dios en el centro de lo vivido, de los pensamientos, de los afectos y de los intereses; y dejarse transfigurar por su Espíritu.

Nuestro santo Fundador Bosco está convencido que de este paso fundamental promueve un potente dinamismo interior: el único capaz de despertar las energías más profundas de cada uno, de madurar personas plenas y serenas, de producir en lo cotidiano frutos espirituales fecundos, de poner en marcha caminos de purificación y de construcción virtuosa, de abrir a la santidad operativa; es decir a una vivencia cristiana integral y alegre que se expresa en el ejercicio práctico habitual de la fe y la caridad, en la Unión con Dios, en la fidelidad indiscutible de los compromisos adquiridos y a los deberes del propio estado, en unas vivencias ferviente, gozosos en relaciones humanas fecundas y en una tensión ardiente al cumplimiento perfecto en Dios de la “bendita esperanza”.

3. Como podemos constatar en la vida de don Bosco, en su humanidad y en la experiencia de aquellos que a él fueron confinados, la consecuencia de esta elección es la progresiva maduración de la personalidad simpática y robusta, con connotaciones de libertad de espíritu, de fidelidad, de la observancia obediente y alegre, de la fortaleza de ánimo en los momentos de adversidad, de la acción operativa proactiva, de la capacidad de ver a lo lejos, de mirar más allá; permeados de bondad y amabilidad afectuosa; propensa al servicio oblativo al prójimo.

Todo esto es también fruto de un acompañamiento, de una educación en la conciencia y la acogida de uno mismo (sin escrúpulos ni congojas), de la formación a la superación e di mismo a través de un compromiso constante -combativo y dulce a la vez-, de oblatividad y servicio al prójimo, de equilibrada mortificación de los sentidos, de purificación del corazón y de ejercicio de la virtud. Es el resultado de una mistagogía espiritual capaz de introducir a la oración, de cuidar la interioridad afectuosa con Dios, de formar un planteamiento progresivo de gozosa obediencia a la voluntad divina que se traduzca también en un humilde testimonio evangélico, en intensidad apostólica, en compromiso vocacional al servicio de la Iglesia y de la sociedad.

Por tanto, desde este punto de vista, en don Bosco tenemos más una ascética que una mística, a pesar de que el dinamismo central viene dado por el amor de Dios puesta en práctica; aún si el tipo de piedad, de devoción, que él promueve está caracterizado por una perfecta unificación de la acción y la contemplación. Y no podía ser de otra manera dado su carácter contemplativo en la acción y de apóstol de la contemporaneidad,

dado su propósito de querer ser sal y luz, levadura evangélica en la ciudad terrena con la perspectiva puesta en la ciudad celeste.

4. Quien lea esta antología, se dará cuenta rápidamente se algunas insistencias, de temas recurrentes. Son rasgos inconfundibles de don Bosco, como el “servite Domino in laetitia”; como la insistencia sobre la centralidad de la obediencia como vía de perfecta conformación a Cristo en la donación de uno mismo; como el acento puesto en la “bella virtud”, la virtud de la castidad, pivote de la maduración humana y cristiana, vía para alcanzar un equilibrio general de los afectos y una intimidad amorosa y veraz con Dios, amado sobre todas las cosas; como la valorización pedagógica de los sacramentos; como la promoción de una forma de devoción mariana inseparable de la orientación interior decidida hacia la perfección virtuosa en la correspondencia activa en el trabajo de la gracia, en el celo por la gloria de Dios, en el espíritu de la oración, en el ejercicio de la virtud cotidiana, en el fervor eucarístico y apostólico: una devoción mariana capaz de encender en el corazón de los jóvenes el anhelo de la más alta perfección, como escribía don Caviglia.

Aquí se coloca también la insistencia sobre la frecuencia sacramental y sobre la tarea del confesor-educador, del amigo del alma que - ganada la confianza y la confidencia del joven - enseña el arte del examen de conciencia, forma en la contrición perfecta, estimula el propósito eficaz, guía sobre los senderos de la purificación y de los ejercicios virtuosos, introduce en el gusto por la oración y en la práctica de la presencia de Dios, enseña las vías para una comunión fecunda con el Cristo eucarístico. Confesión y comunión frecuente están íntimamente ligadas a la pedagogía espiritual de don Bosco. Con la confesión asidua y guiar se promueve la vida “en gracia de Dios” y se alimenta la tensión virtuosa que permite acercarse en un modo siempre más “digno” a la comunión frecuente; al mismo tiempo se crean las condiciones para que a través de la comunión eucarística Dios pueda tomar “posesión” del corazón de manera definitiva, para que la gracia encuentre las condiciones interiores ideales que permitan de obrar eficazmente, transformar y santificar.

Estos rasgos impregnan todo el magisterio espiritual de don Bosco. También la espiritualidad del religioso y de la religiosa salesiana está embebida de ella. La decidida entrega de uno mismo a Dios propuesta a los jóvenes asume, en la consagración religiosa, un movimiento más radical, total, que acentúa el primado absoluto de Dios y las exigencias operativas de una secuela incondicional expresada con la profesión de los votos, de una voluntad de conformarse al Cristo ofrecido e inmolado. La sustancia es la misma.

Algunas claves de interpretación para entrar en la visión espiritual de don Bosco

El lector de hoy, acercándose a los textos de don Bosco, se da cuenta que él escribe para jóvenes, para adultos, para religiosos y religiosas de su tiempo. Es cierto que su discurso continúa siendo estimulante para nosotros, pero la distancia cultural y espiritual se percibe. La lectura reta nuestra capacidad de interpretación, estimula nuestra colaboración activa, hacia una llamada a nuestra conciencia histórica, cultural, teológica... Así que, para reducir la complejidad, me

parece conveniente indicar seis claves interpretativas útiles para entrar en la visión y sensibilidad espiritual de don Bosco y ayudar al lector de hoy a reformular los aspectos identitarios de la espiritualidad en otros horizontes culturales y en perspectivas teológicas diferentes.

1. Primera clave interpretativa: don Bosco, (lo vemos en sus escritos y en sus elecciones operativas), tiene una concepción religiosa de la historia. Desde su forma de ver, la historia humana y el corazón de cada persona son el lugar de la acción salvadora de Dios, en una dialéctica perenne entre el tiempo, entre la gracia y la debilidad, entre pecado y redención. El Dios de la Biblia, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, no es un Dios lejano que observa los eventos desde lo alto; es cercano, activo, implicado en las “asuntos” humanos; su Espíritu llena la tierra y la vivifica, la trabaja, la hace fructificar. Además de don Bosco está convencido que la sangre de nuestro Señor Jesucristo por la salvación de la humanidad, no se ha derramado en vano. La gracia y el amor de Dios por el hombre, son más fuertes que cualquier forma de mal, de cualquier resistencia y oposición. Y el hombre - por frágil y pecador - no es abandonado a sí mismo. El Creador, en Jesús Salvador y Redentor, se extiende hacia nosotros, no tanto para salvarnos, sino para santificarnos, para transfigurarnos, para unirnos a él en el amor. Por esto don Bosco tiene una confianza incondicional en Dios y en el poder de su gracia: en aquel Dios que se da totalmente, que ofrece a su Hijo unigénito hasta al sacrificio de la cruz para que nadie se pierda, para que todos puedan vivir como hijos suyos. Así que, no duda nunca. Escribe a un párroco descorazonado en 1878: [Usted me dice:] “¿No son suficientemente buenos?” [y yo respondo:] *Omnia possum in eo qui me confortat. [...] ¿Los tiempos son difíciles? Fueron siempre así, pero Dios nunca falló al ayudarnos: Christus heri et hodie*”.

2. Segunda clave interpretativa. De esta visión teológica y de esta fe incuestionable en Dios, deriva la confianza de nuestro Santo en los recursos interiores del hombre, su visión optimista de la acción educativa y pastoral, y surge su luminosa pedagogía espiritual. Aún el joven más débil, más refractario, más mísero, más distraído e inquieto, mantiene intactos, en la visión de don Bosco, las líneas del rostro y el corazón de aquel Dios que lo ha creado a su imagen y semejanza. Cada joven siente dentro de sí, en el profundo, la nostalgia del Padre nuestro que está en los cielos es la necesidad de responder a sus llamadas. En cuanto criatura de un Dios que es caridad, que es amor, cada joven es ontológicamente (por naturaleza) abierto al amor. Tiene una inmensa necesidad de ser amado y de amar, es sensible al amor gratuito, oblativo, a la amistad desinteresada, a la amabilidad, a la atención personal y al trato individual, a la relación humana positiva. Sobre este dinamismo interior don Bosco se confía como pastor y como educador. Partiendo de esta certeza se interroga, se fa tareas, experimenta, no se arredra nunca, no desespera, va al encuentro, dialoga, propone, da confianza, anima, tiene paciencia, persiste, combate: en definitiva, educa, forma, instruye, acompaña, asiste.

3. Tercera clave interpretativa. Don Bosco también está convencido de ser llamado y enviado por Dios para la salvación de los jóvenes. Está seguro de haber recibido una vocación para una misión especial en la Iglesia y en el

mundo. Una vocación que - como más veces afirma hablando con sus hijos y miembros de la Familia Salesiana - es también nuestra. Él se siente instrumento, humilde, pero es necesario y eficaz por la gracia divina. Por esto se hace amigo, hermano, padre para hacer percibir al joven el rostro amigo, paterno y materno de Dios. Esta conciencia, esta fe en la misión recibida le da coraje y esperanza, porque sabe que no le faltará la ayuda del Señor: la llamada y la misión incluyen el carisma, la gracia necesaria para la eficacia. Además, esta conciencia le infunde un fuerte sentido de responsabilidad. Como ha aprendido de don Cafasso, el pastor, y todos aquellos que han recibido una vocación educativa y evangélica, deberán dar estricta cuenta a Dios de las ovejas que les han sido confiadas. Son estos motivos los que inducen a don Bosco a estar disponible incondicionalmente disponible en las manos de Dios y comprometerse todo él en la misión. Quiere llegar a todos. Cada uno tiene una responsabilidad de comunicar el fuego de la fe y del amor que tiene dentro de sí.

A todos quiere ganar para Dios, convencido de que este es el modo de colaborar eficazmente en la transformación de la humanidad, del fermento cristiano en la historia y de beneficiar con la “salvación” de la sociedad, más allá de las personas individuales.

4. Cuarta clave interpretativa. Formado en un concepto muy testimonial de la acción educativa y pastoral, don Bosco sabe por experiencia y enseña que se puede comunicar a los otros sólo aquello que de posee. La persona del pastor y del educador, su fe, caridad, esperanza, su espíritu de oración, de rectitud, su ejemplaridad moral y la santidad de su vida son atractivos irresistibles, canales comunicativos irresistibles de una propuesta formativa eficaz. Así hace él y lo enseña a sus colaboradores, adultos o jóvenes, desde los primeros pasos del Oratorio.

5. Quinta clave interpretativa. Naturalmente, todo esto no significa que no se deba tener un método, una estrategia pastoral, un “sistema” educativo. De hecho, si con los jóvenes don Bosco insiste en que es necesario “darse a Dios con tiempo”, sin esperar a la edad adulta o a la vejez, con los educadores y los pastores afirma que es fundamental conquistar con el corazón y con la confianza de los jóvenes poniendo en práctica todos los recursos del sistema preventivo. Enseña también que no hay que tener miedo de proponer desde el inicio, pero siempre de manera significativa, fascinante, un claro itinerario de vida cristiana, una sustanciosa espiritualidad juvenil. Ciertamente, que es necesaria cierta gradualidad, es necesaria una pedagogía de la vida espiritual. Se requiere crear las condiciones favorables; plasmar ambientes educativos bellos y estimulante, serenos, ricos en propuestas y de presencias humanas simpáticas y vivas, adaptadas a que la propuesta sea significativa. Es necesario cuidar a los individuos y a los pequeños detalles, la organización de los momentos importantes, la puesta a punto de experiencias significativas, de recorridos estructurados, de pasajes. Es importante la planificación, la organización, la reglamentación, la calendarización y la revisión periódica y atenta. Es indispensable sobre todo centrar la atención propia en los jóvenes, dedicarse a las relaciones personales y al cuidado del individuo, a la formación del grupo más allá de la gran comunidad juvenil, garantizar una asistencia eficaz

y un acompañamiento personalizado. Aquí comprendemos su interés en formar comunidades educativas y pastorales bien estructuradas, su insistencia en el compromiso personal de los educadores y su “celo” ardiente e “laborioso”.

6. Sexta clave interpretativa. Debemos tener presente también otro aspecto, muy importante en el tiempo de don Bosco, que hoy surge de manera crítica, sobre todo en Occidente: la confianza y la apertura al futuro, la tendencia a la superación, a la trascendencia y a la orientación escatológica. Eran rasgos típicos de don Bosco, de su modo de vivir la fe y proyectar la acción educativa y pastoral, pero eran también características del ambiente cultural y de la visión de sus jóvenes. Por este motivo se basaba en las “magnifiche sorti e progressive” - como indica críticamente el poeta Giacomo Leopardi en *La ginestra* (1836) -, se había convencido de la posibilidad y capacidad del hombre de progresar siempre, de perfeccionarse, de tender a alcanzar posiciones sociales y condiciones de vida, económicas, morales, espirituales y civiles, mejores; se tenía una fe indiscutible en el progreso. También don Bosco participaba de esta sensibilidad, pero desde una perspectiva exquisitamente evangélica. Él estaba convencido que cada joven, sobre todo aquel más pobre, es educado a mirar más allá, a esperar, a desear la redención moral y espiritual, a tender a la superación, a la mejora de sí mismo; cada joven es animado a abrirse, a afrontar el cansancio, la lucha, alimentando fuertemente la esperanza; cada uno es educado para ponerse en búsqueda, para salir de sí mismo, para emigrar del pequeño mundo personal, para superar horizontes limitados, proyectándose hacia “un más allá”, hacia algo “mejor”, un “mañana”, un “afuera”, un paraíso, temporal y eterno. Pero especialmente propone abrirse a la alteridad del Trascendente, del Dios-Amor, que sólo puede permitirse de realizar nuestros anhelos más profundos y alcanzar la “salvación”. Este factor don Bosco lo sabía orientar muy bien, ya sea en la perspectiva religiosa de la santidad, en la tensión hacia la perfección cristiana, sea en aquella secular de la ciudadanía responsable y competente.

Espero que, con la ayuda de estas coordenadas y estas claves principales de interpretación, la lectura de los textos de don Bosco, sobre sus enseñanzas de vida espiritual, puedan resultar muy estimulantes para la Familia Salesiana.